

De la leyenda al
relato fantástico

José María Roa Bárcena



**RELATO
LICENCIADO
VIDRIERA**

Edición e introducción
Rafael Olea Franco



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

DE LA LEYENDA AL RELATO FANTÁSTICO

COLECCIÓN
RELATO LICENCIADO VIDRIERA

Director de la colección

Álvaro Uribe

Consejo Editorial de la colección

Emmanuel Carballo (México)

Gonzalo Celorio (México)

Ambrosio Fonet (Cuba)

Gerardo Jaramillo (México)

Noé Jitrik (Argentina)

R. H. Moreno Durán[†] (Colombia)

Julio Ortega (Perú)

José Emilio Pacheco (México)

Antonio Saborit (México)

Juan Villoro (México)

Director fundador

Hernán Lara Zavala

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

De la leyenda al
relato fantástico
José María Roa Bárcena



Edición e introducción
Rafael Olea Franco



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO 2007

Primera edición: 2007

© D.R. UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES Y FOMENTO EDITORIAL

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio,
sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

ISBN: 978-970-32-0472-4 (obra completa)

ISBN: 978-970-32-*llll*-*l*- (tomo 47)

Impreso y hecho en México

INTRODUCCIÓN

Para mi amiga RBV VII

ESTA ANTOLOGÍA REÚNE DIVERSOS TEXTOS DE JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA (1827-1908) QUE MUESTRAN SU PAULATINA incursión por el relato fantástico, tanto en formas versificadas como en prosa. La trayectoria del escritor veracruzano por este género podría sintetizarse en dos polos complementarios, los cuales representan parte sustancial del desarrollo de toda su obra: de su incipiente ejercicio de leyendas con motivos sobrenaturales, a la madurez de su escritura dentro del cuento moderno con una postulación fantástica plena.

En efecto, el interés primigenio del autor por temas afines a lo fantástico se reveló en su misceláneo libro de 1862 (nunca reimpresso) *Leyendas mexicanas, cuentos y baladas del norte de Europa*, donde aparecen algunos relatos versificados con argumentos divergentes de una concepción literaria realista. Entre las ocho leyendas de la primera sección del volumen (siete prehispánicas y una colonial), destaca “La princesa Papantzin”, cuya trama elabora los múltiples presagios de la llegada de los españoles a Tenochtitlan.

Según se anuncia en el primer canto, la joven y bondadosa princesa del título, hermana del rey Moctezuma, es resucitada por designio divino con el fin de que transmita a los suyos la buena nueva de la fe cristiana:

VIII

En medio de agüeros de gran desventura,
Dios quiso a la azteca gentil monarquía
con raro portento mostrar cierto día,
si bien entre sombras, la luz de la fe.

Sacó del sepulcro discreta princesa
que a reyes y plebe contó lo que ha visto;
con ello el apóstol primero de Cristo
en estas regiones de América fue.¹

Paralizado por los augurios funestos, el rey Moctezuma es incapaz de pelear contra los invasores, tarea que sí asumen sus súbditos, aunque con fortuna adversa. Al final, la voz lírica pretende atenuar la fatalidad histórica del pueblo azteca enunciando la quimérica idea de que el cristianismo estableció un vínculo de amor entre los bandos antagónicos: “Sus lazos amorosos la Cruz luego / tendió entre vencedores y vencidos”. Como muchos escritores mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX, Roa Bárcena participó de un afán nacionalista fundado en el romanticismo, al cual

¹ Para aligerar de notas este prólogo, se omitirán las referencias bibliográficas de las citas de la obra de Roa Bárcena, cuya identificación precisa se encontrará en la “Nota de edición” con que cierran estas páginas.

se sumaron su personal ideología conservadora y sus profundas creencias religiosas. Por ello se propuso la ilusoria empresa de conciliar el cristianismo español con el mundo prehispánico, cuya cosmovisión y prácticas religiosas desconocía.

Para los propósitos de esta antología, interesa notar que si bien la resurrección de la princesa Papantzin infringe las leyes causales del mundo familiares para los personajes, al inicio de la leyenda se adelanta que ese suceso sobrenatural emana de la voluntad divina, por lo que participa de una mentalidad católica que lo define como un milagro. Así, este insólito caso no es el principio estructural y dominante del relato, sino más bien una herramienta tanto para la eventual conversión religiosa de los personajes, como para construir un mensaje ideológico dirigido a los lectores, quienes se encontraban inmersos en un conflicto histórico —la fratricida y sangrienta lucha entre liberales y conservadores— donde la religión y la Iglesia desempeñaban una sustancial labor.²

Antes de analizar “La Cuesta del Muerto”, la otra leyenda con tema sobrenatural, conviene comentar brevemente, por sus semejanzas con el texto anterior, dos relatos en verso pertenecientes a la segunda sección del libro, donde

² Para una descripción global de este punto en relación con la obra del autor, véase mi ensayo: “José María Roa Bárcena: literatura e ideología”, en *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, eds. Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, México, Universidad Nacional Autónoma de México (*Ida y Regreso al Siglo XIX*), 2005, vol. III, pp. 259-276.

Roa Bárcena tradujo, siempre a partir de las versiones francesas de X. Marmier, algunas obras europeas que englobó como “cuentos y baladas”. En “La vuelta de una madre”, desde su tumba una mujer logra que Dios le conceda regresar al mundo de los vivos por una sola noche, durante la cual ella vela por sus seis hijos, quienes sufren el descuido de su padre y de la nueva esposa de éste (por cierto que, como en la leyenda de Papantzin, en este relato la aparición sobrenatural es percibida primero por una niña, cuya inocencia atenúa su reacción frente al suceso extraordinario). En “La restitución”, el alma en pena de un hombre pide que su viuda devuelva a unas huérfanas la propiedad de la cual las despojó, porque así él podrá “Volver al sepulcro y en él descansar”. Como se ve, el acto increíble narrado en ambos textos —el regreso de los muertos al mundo de los vivos— no afecta gravemente la conducta de los personajes, ni deriva en las tramas de suspenso típicas del género fantástico; más bien sirve para plasmar una intención didáctica y moralizante.

El tema de las ánimas en pena, como se le llama en México, adquiere su mayor extensión en la única leyenda colonial: “La Cuesta del Muerto”, obra de patente y a veces rudo aprendizaje poético, constituida por once desiguales cantos, en versos donde alternan diferentes formas métricas: desde octosílabos asonantados, dispuestos en cuartetas o en largas tiradas, hasta endecasílabos consonantes en octavas, pasando incluso por una especie de silva (como

sus casi cien páginas impiden su reproducción completa, en esta compilación sólo se ofrecen sus dos primeros cantos y el último). Después de un retrato lírico de las bellezas campiranas entre Jalapa y Coatepec, en el segundo canto el narrador principal o “cronista” (como él se identifica) se sorprende de que su guía en la caza, un hombre valiente pero supersticioso, de pronto sea presa de un irracional pavor. Para justificar su miedo, el guía refiere que el nombre del lugar donde se encuentran, la Cuesta del Muerto, se debe a que, apenas cae la tarde, muchos testigos han percibido ahí la visión de una casa incendiada, así como de un fantasma que carga un pesado costal:

XI

El muerto, cual si pujase
al peso de lo que lleva
y que debe de quemarle.
A la orilla del abismo,
do ser más profundo sabe,
se para; los pies afirma;
mece en infernal balance,
siempre en las espaldas puesto,
el costal para lanzarle,
y a poco desaparecen
muerto y costal, y unos ayes
resuenan, que con oírlos
para morirse hay bastante.

El escéptico cronista decide aguardar la llegada de la tarde para cerciorarse de la autenticidad de este asombroso relato. Durante la espera, que abarca del tercer al décimo canto (no incluidos en esta antología), el guía cuenta la historia que supuestamente originó la imagen espantosa. Caído de la gracia del rey español Carlos III (1759-1788) y exiliado en México, don Lope de Aranda lleva ya cinco años de matrimonio con la bella e infeliz doña Inés, la cual es cortejada por Román, sobrino de don Lope, y por Francisco, hijo del mayordomo de la hacienda. En un ataque de celos, don Lope intenta en vano asesinar a Francisco, por lo que doña Inés urde un maligno plan: para quedar libre y poderse casar con Román, a quien ama sin que éste lo sepa, ella finge inclinarse por Francisco y lo incita a matar a su esposo. Una vez cometido el crimen, ambos meten el cadáver en un costal y ella incendia la casa; mientras doña Inés ayuda a Francisco a transportar la pesada carga, aprovecha el contacto físico para atar la ropa de éste al costal; así, cuando él arroja su carga a un precipicio, es jalado por el peso y también muere. Al final, Román, inocente y mudo testigo de todo, prefiere huir antes que concretar un amor manchado por la sangre, y doña Inés es sentenciada a morir por el garrote. Esta truculenta y poco convincente trama explicaría la terrible visión de una casa incendiada y de un hombre que parece arrojarse a un barranco junto con su pesada carga.

La dilatada historia que presuntamente provoca la imagen fantasmal resulta excesiva, pues si acaso la primera

aparición suscita un relativo suspenso, éste se disuelve de manera paulatina. Esta deficiencia es de tal magnitud, que en el último canto el autor no encuentra la fórmula verbal apropiada para que sus personajes vuelvan al presente de la enunciación después de la crónica retrospectiva del guía. Así, para simular que el relato de éste ha quedado trunco por la terrible visión que dice percibir, el narrador principal repite con monotonía la frase “Iba a contarme el guía”, con la cual inicia varias estrofas, entre ellas una donde expone las reacciones totalmente opuestas de los dos en relación con el aterrador espectro:

XIII

el buen Andrade que temblaba como
débil hoja al embate de la brisa,
“es el muerto”, me dijo con espanto,
emprendiendo la fuga a toda prisa.
En vano yo seguirle pretendiera,
que a la del ciervo iguala su carrera
en rapidez, e insólito deseo
tengo de ver la aparición terrible;
los ojos abro hasta donde es posible,
lector, y, sin embargo, nada veo.

Así, el cronista aprovecha su función tanto mediadora como testimonial para negar la aparición del fantasma advertido por el guía, con lo cual Roa Bárcena se aparta del narrador característico de los relatos fantásticos clásicos, cuya labor

central consiste en construir un mundo ficticio donde se confirme que en el entorno de los personajes se ha producido un fenómeno extraño, fuera de las coordenadas racionales mediante las que ellos se familiarizan con su realidad y la explican.

XIV De todo lo anterior se concluye que los textos del libro *Leyendas mexicanas* aquí examinados no alcanzan una verdadera postulación fantástica, pues su objetivo oscila entre dos polos ajenos a este género. Por un lado, si bien “La princesa Papantzin”, “La vuelta de una madre” y “La restitución” se basan en sucesos que en principio se juzgaría como sobrenaturales, en el fondo no se trata de misterios irresolubles contrarios a la concepción lógica y causal de la realidad, sino de “milagros” propios de una cosmovisión religiosa. Por otro lado, en “La Cuesta del Muerto” se rechaza de manera tajante la posibilidad de que en el mundo concreto de los personajes —en última instancia análogo al de los lectores— haya fenómenos que transgredan las coordenadas de la racionalidad materialista (sólo debe creerse en aquello que empíricamente es perceptible e incluso mensurable).

Luego del insuficiente resultado literario que, para la constitución de lo fantástico, implicaron las *Leyendas mexicanas*, la siguiente cala del escritor en lo sobrenatural se produjo en su narrativa en prosa, dentro de la serie de relatos *Noche al raso* (escrita en 1865 pero publicada hasta 1870). Mediante la antigua estrategia narrativa de reunir a un grupo de viajeros obligados a compartir una velada

(por la descompostura del coche en que se trasladan), en este volumen los disímiles personajes, todos bajo el control de un tenue narrador principal, asumen la voz para contar sabrosas anécdotas plenas de ironía y humorismo, con un claro origen popular y un fuerte tono oral. Además de su valor en conjunto, cada cuento podría desprenderse de la serie y, con los ajustes necesarios, transmitirse de modo autónomo. Estos rasgos han llevado a la crítica a declarar, con justicia, que *Noche al raso* contribuyó a la consolidación del cuento moderno en México.³

Casi todos los textos del libro están ligados al motivo del engaño, excepto “El hombre del caballo rucio”, cuyo argumento demuestra la persistente fascinación del autor por las anécdotas de aparecidos. El narrador oral de este relato refiere, después de una descripción lírica sobre el valle donde ubica su anécdota, cómo el fantasma de un no muy devoto ni virtuoso hombre, muerto a causa de un accidente sobre su veloz caballo —el “rucio” del título—, cabalga de nuevo: “Los vaqueros que conducían ganado a los potreros de Rancho Nuevo protestaban, haciendo la señal de la cruz [que el muerto en persona] les había salido de entre unos árboles [...] espantándoles con tremendas carreras y estupendos y ronquísimos gritos el ganado, que se desperdigó por el monte

³ Para un mayor desarrollo de este tema, véase el ensayo de Martha Elena Munguía Zatarain, “*Cuentos del general y Noche al raso*. La fundación de una poética del cuento mexicano”, en *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, ed. Rafael Olea Franco, México, El Colegio de México, 2001, pp. 145-155.

como si hubiera visto al diablo”. Esta conseja se difunde pronto entre los habitantes de la comarca, algunos de los cuales presumen poseer el valor para enfrentarse al espectro. Luego de una tentativa infructuosa que sólo provoca pánico extremo en el atrevido, quien incluso es víctima de las burlas del fantasma, por fin un joven mallorquino, montado en un caballo tan rápido como el rucio, logra asir al muerto por la coleta con que solía recogerse el pelo; sin embargo el aparecido se desvanece frente a sus ojos, dejándole la coleta en las manos, la cual también acaba por esfumarse misteriosamente:

Y como llegaron en esto los rancheros, ya repuestos del susto, y el mallorquino, refiriéndoles lo acaecido, tratara de enseñarles la coleta, sintió que le quemaba los dedos, y la arrojó al suelo. ¿Ven ustedes cómo se consume el tiro de este cigarro habano? Pues así y apestando a azufre, se carbonizó la consabida coleta, sin perder su forma, y sin que en el lugar en que ardió volviera a nacer yerba.

Como resulta visible en la anterior cita, en sus mejores pasajes el texto construye con maestría cierto suspenso narrativo, así como una dosis de incertidumbre, mediante la cual se sugiere la identificación del hombre del caballo rucio con el diablo. Pero si bien este argumento resulta asombroso *per se*, hay dos elementos que minan un tanto su eficacia fantástica. En primer lugar, el propio personaje que lo transmite

debilita su probable impresión escalofriante entre los receptores, pues de entrada lo juzga como una mera creencia popular (una vulgar “tradición”), impropia del supuesto elevado nivel cultural de su auditorio. Además, el narrador principal de toda la serie —recordemos que el cuento se presenta como parte de una secuencia— enfatiza que, sin esperar la reacción de su auditorio a su fantasmal historia, el relator de ella añade de inmediato que en el pasado otro oyente tuvo una reacción escéptica, pues en lugar de asustarse, le dijo que los espantos de los vivos son mucho más serios y temibles que los de los muertos; este pasaje (no incluido aquí) sirve para introducir el último relato de *Noche al raso*, titulado “A dos dedos del abismo”, jocosa historia de un hombre casi forzado a casarse con una mujer a la que ni siquiera cortejaba. No obstante estas precisiones, conviene subrayar que, a diferencia de “La Cuesta del Muerto”, los elementos que disminuyen la fuerza fantástica de “El hombre del caballo rucio” se ubican fuera de su argumento, en cuyo desarrollo los personajes sí atestiguan la existencia de un suceso inexplicable según las leyes naturales: la introducción de un muerto en el universo de los vivos.

XVII

En 1877, Roa Bárcena culminó con “Lanchitas” lo que había apenas sugerido en sus *Leyendas mexicanas* y alcanzado con éxito relativo en “El hombre del caballo rucio”: la escritura de un relato fantástico a partir de una anécdota sobrenatural proveniente del vasto acervo legendario y popular mexicano. Este logro comienza con su renuncia

a la forma híbrida de la leyenda en favor de una estructura más moderna: el cuento, a la cual imprimió una eficaz modalidad fantástica, como estudiaré en detalle.⁴

XVIII De acuerdo con mi concepción del género, un argumento fantástico se caracteriza por la presencia de un hecho incomprensible y aparentemente sobrenatural que irrumpe en el mundo cotidiano y familiar de los personajes, quienes al principio del texto son representados mediante códigos literarios realistas. Pero como la estructura de un relato fantástico es indicial, esa intrusión no es abrupta sino que confirma los diversos indicios —datos cuyo significado total se completará en un nivel posterior y superior del texto— que presagiaban una fisura en la confiada cosmovisión de los personajes. En “Lanchitas” los indicios aparecen desde el principio, cuando el narrador en tercera persona acude a un relato oral para intentar dilucidar el misterio de cómo y por qué el sabio sacerdote Lanzas se transformó en el humilde Padre Lanchitas del título:

No ha muchos meses pedía yo noticias de él [Lanchitas] a una persona ilustrada y formal, que le trató con cierta intimidad;

⁴ Aclaro, al margen, que mi concepción del cuento moderno —que no es la única plausible— emana de las ideas preconizadas por Edgar Allan Poe en la cultura occidental del siglo XIX, las cuales fueron difundidas y afinadas la siguiente centuria en Hispanoamérica por autores como Horacio Quiroga y Julio Cortázar. Así, el cuento sería, *grosso modo*, un relato breve de escritura condensada y climática, que tiende a narrar en prosa una acción central, privilegiando la descripción del suceso sobre la caracterización de los personajes, y mediante un espacio y tiempo más o menos unitarios.

y como acababa de figurar en nuestra conversación el tema del espiritismo, hoy en boga, mi interlocutor me tomó del brazo y, sacándome de la reunión de amigos en que estábamos, me refirió una anécdota más rara todavía que la transformación de Lanchitas, y que acaso la explique. Para dejar consignada tal anécdota, trazo estas líneas, sin meterme a calificarla. Al cabo, si es absurda, vivimos bajo el pleno reinado de lo absurdo.

XIX

Así, el narrador siembra diversos indicios sobre su historia, pues al aludir al tema del espiritismo y al “reinado de lo absurdo”, adelanta la naturaleza sobrenatural de ella. Cabe destacar también su postura ambigua respecto de su propia anécdota, de la cual aventura que “acaso” explique la metamorfosis de Lanzas, pero a la vez se niega a “calificarla”. A todo ello se suma el singular inicio de su relato, forjado a partir de lo que le contaron: “No recuerdo el día, el mes, ni el año del suceso, ni si mi interlocutor los señaló; sólo entiendo que se refería a la época de 1820 a 30, y en lo que no me cabe duda es en que se trataba del principio de una noche oscura, fría y lluviosa como suelen serlo las de invierno”. Dubitativo, el narrador remite a un pasado remoto e impreciso; en contraste, delimita con precisión el ambiente de presagios en que se desarrollará su historia. En ella se cuenta que al dirigirse un día el Padre Lanzas a una tertulia, una humilde mujer le pide socorrer a un moribundo cuyo último deseo es que precisamente él lo confiese; al llegar al aislado lugar, el cual es descrito según ciertas convenciones de herencia gótica —un

sitio cerrado, sórdido, lóbrego y pestilente—, el padre se enfrenta a una visión terrible:

XX

Cuando el padre, tomando la vela, se acercó al paciente y levantó con suavidad la frazada que le ocultaba por completo, descubriose una cabeza huesosa y enjuta, amarrada con un pañuelo amarillento y a trechos rotos. Los ojos del hombre estaban cerrados y notablemente hundidos, y la piel de su rostro y de sus manos, cruzadas sobre el pecho, aparentaba la sequedad y rigidez de la de las momias.

—¡Pero este hombre está muerto!— exclamó el Padre Lanzas dirigiéndose a la vieja.

—Se va a confesar, padrecito— respondió la mujer, quitándole la vela [...] y al mismo tiempo el hombre, como si quisiera demostrar la verdad de las palabras de la mujer, se incorporó en su petate y comenzó a recitar en voz cavernosa, pero suficientemente inteligible, el *Confiteor deo*.

Cabe destacar aquí la habilidad del autor para construir la estructura pertinente para el género fantástico, la cual exige dos operaciones complementarias. La primera, la inscripción en el texto de indicios que ayuden a que el final del argumento sea coherente con la lógica del relato (si en lugar de ello el escritor emplea el clásico recurso del *deus ex machina* —es decir, introduce un agente externo, de origen divino o de otra índole—, entonces impondrá una solución ajena a la definición y a las acciones de los personajes). La segunda,

que una vez enunciados los indicios, éstos se encubran de inmediato, lo cual propicia un climático suspenso que permite posponer el desenlace de la trama y presentarlo como una relativa sorpresa. En el citado pasaje de “Lanchitas”, se acumulan los indicios sobre el hombre que desea confesión, el cual es descrito por el narrador mediante rasgos propios de una entidad muerta: cabeza huesosa, ojos hundidos, piel seca y rígida de momia, voz cavernosa. El indicio más fuerte —la afirmación del Padre Lanzas de que el hombre está muerto— no es desmentido ni confirmado por la vieja, quien desvía la atención tanto del sacerdote como de los lectores subrayando que el hombre se va a confesar. Claro está que en principio todo ello parece consecuente con el estado físico de un moribundo. (No debe olvidarse que la calidad de un texto fantástico se mide también por la cantidad de indicios que están ahí desde el principio, pero que sólo una atenta y posterior lectura nos concede desentrañar.)

XXI

Para explicar cómo se supo lo que el penitente dijo al padre, quien nunca violó el sagrado secreto de confesión, el narrador indica que de “algunas alusiones y medias palabras” de Lanzas, se pudo inferir que el hombre “se daba por muerto de muchos años atrás, en circunstancias violentas que no le habían permitido descargar su conciencia como había acostumbrado pedirle diariamente a Dios, aun en el olvido casi total de sus deberes y en el seno de los vicios y quizá hasta del crimen; y que por permisión divina lo hacía en aquel momento, viniendo de la eternidad para volver a ella

inmediatamente”. Después de interpretar esto como un mero desvarío del penitente provocado por la fiebre de la agonía, el padre lo absuelve y sale del lugar, cuya puerta se cierra sola herméticamente. Al llegar sudoroso a su tertulia, busca su pañuelo y no lo encuentra; como se trata de una prenda de gran valor afectivo, pide que un criado vaya a buscarla a la accesoria donde estuvo, cuyas coordenadas proporciona con exactitud. A su regreso, el criado comunica que luego de tocar sin respuesta a la puerta de la accesoria, el sereno de esa calle le informó que durante años nadie había vivido ahí. Ante ello, el Padre Lanzas y el dueño de la accesoria, por casualidad presente en la tertulia, deciden visitar el lugar al día siguiente. Cuando llegan al sitio, no hay la más mínima huella de que éste haya sido ocupado en fecha reciente; pero como el padre insiste, abren la puerta y comprueban que la accesoria está deshabitada y sin muebles, luego de lo cual:

Disponíase el dueño a salir, invitando a Lanzas a seguirle o precederle, cuando éste, renuente a convencerse de que había simplemente soñado lo de la confesión, se dirigió al ángulo del cuarto en que recordaba haber estado el enfermo, y halló en el suelo y cerca del rincón su pañuelo, que la escasísima luz de la pieza no le había dejado ver antes [...] Inundados en sudor su semblante y sus manos, clavó en el propietario de la finca los ojos, que el terror parecía hacer salir de sus órbitas; se guardó el pañuelo en el bolsillo, descubrióse la cabeza y salió a la calle con el sombrero en la mano...

Hasta antes de este fragmento, la veracidad de la supuesta y privada confesión descrita por el padre estaba en duda (en la literatura fantástica los acontecimientos insólitos son siempre privados, porque si fueran públicos y generales, estaríamos más bien en el ámbito de lo maravilloso). Pero finalmente su extraño relato es corroborado por una prueba testimonial: el pañuelo que, contra toda lógica, aparece en un lugar vacío y cerrado por años. De este modo se transgrede la lógica de la disyunción que constituye la base de las clasificaciones del empirismo científico, la cual emplea una taxonomía dicotómica (A “o” B) para clasificar los fenómenos de la naturaleza. En el texto opera más bien una lógica de la conjunción, que admite la suma de características en apariencia excluyentes (A “y” B). Así, es posible que un objeto actual se encuentre en un sitio cerrado durante años, lo cual lleva a un incidente más grave: la posibilidad de que un personaje pertenezca tanto al mundo de los vivos como al de los muertos (en la lógica de la disyunción, se está vivo “o” muerto). Debe subrayarse, además, que esto se deduce de la propia trama secuencial del texto, donde nunca se expresa que el hombre inconfeso sea un fantasma; a diferencia de “El hombre del caballo rucio”, el Padre Lanzas no sabe que se está enfrentando a un espectro, sino que piensa que está confesando a un hombre de carne y hueso. (En última instancia, si desde el principio los personajes creen en la existencia de entidades ajenas al mundo material, como son los fantasmas, entonces están aceptando de antemano la ampliación de su paradigma de la realidad.)

Conviene reflexionar ahora sobre un tópico de larguísima tradición en las culturas de raíz católica: el de los muertos que regresan de ultratumba por permisión divina. Aunque con manifestaciones muy diversas, surge de una misma idea: la posibilidad de que alguien muerto en pecado logre volver al mundo terrenal para redimirse. La mayoría de los textos previos que habían trabajado el tema —como “El sacristán impúdico” de Berceo, *La devoción de la cruz* (1636) de Calderón, mencionada en “Lanchitas”, o la leyenda “La princesa Papantzin” del propio Roa Bárcena— codificaban el fenómeno sobrenatural como un milagro, o sea un suceso decidido por voluntad divina, gracias a un agente externo a las acciones de los personajes. Por ello su objetivo literario no era suscitar un efecto estético que trastornara la concepción de la realidad de los personajes (o del propio receptor), sino más bien confirmar una fe religiosa que prescinde de dudas o escepticismos. En última instancia, el paradigma de la realidad del mundo ficticio quedaba incólume, ya que los sucesos presuntamente extraordinarios eran explicados mediante una creencia religiosa coherente con la cosmovisión global de los personajes: en circunstancias excepcionales, Dios mismo podía intervenir en la vida cotidiana de los seres humanos.

Roa Bárcena también construye su argumento con base en un fondo católico, pues el lector sagaz infiere que la conversión del Padre Lanzas en Lanchitas puede deberse a que interpreta el hecho sobrenatural como un aviso de Dios, quien le demanda sustituir la vana erudición teológica por el ejerci-

cio constante y humilde de su sagrado ministerio sacerdotal. Pero esto no se exterioriza en el texto, como sí sucede en “La princesa Papantzin” o en “La vuelta de una madre”. Si así hubiera sido, en el cierre del argumento, el propio sacerdote (o bien el narrador) habría enmarcado expresamente los extraños sucesos en el ámbito de lo “milagroso” propio de una cosmovisión católica. Esta ausencia de una aclaración religiosa explícita resulta todavía más notable si se consideran los rasgos específicos del personaje, pues como enfatiza Duncan: “La gran ironía de ‘Lanchitas’ es que el protagonista, un sacerdote, es incapaz de creer en milagros, aunque la religión que profesa está llena de ellos”.⁵ Muy significativamente, el relato guarda silencio absoluto sobre la índole exacta de la experiencia sufrida por el personaje (p. e., Lanzas deja en el vacío la angustiada pregunta del dueño de la accesoria, cuyo desconcierto extremo sólo le permite articular: “Pero, ¿cómo se explica usted lo acaecido?”). Con ello se acata el silencio final indispensable para el éxito de lo fantástico, porque se constatan los hechos misteriosos pero no se proporciona ninguna explicación de ellos.⁶ En suma, el cuento busca provocar en los personajes (y mediante ellos en el lector mismo) una reacción de

⁵ Cynthia K. Duncan, “Roa Bárcena y la tradición fantástica mexicana”, *Escritura. Revista de Teoría y Crítica Literarias*, 15 (1990), p. 109.

⁶ Sobre este punto, véase el artículo de Rosalba Campra: “Los silencios del texto en la literatura fantástica”, en *El relato fantástico en España e Hispanoamérica*, ed. Enriqueta Morillas Ventura, Madrid, Sociedad Estatal Quinto Centenario, 1991, pp. 49-73.

incertidumbre que tienda a desestabilizar su previa certeza de estar viviendo en un mundo cuyos seguros confines se creían conocidos y familiares.

XXVI Ahora bien, la típica reacción de terror frente al amenazante riesgo de que los muertos invadan el reino de los vivos, visible en el protagonista de Roa Bárcena, fue estudiada pocos años después por Freud en su famoso ensayo traducido equivocadamente al español como “Lo siniestro”, donde él describe cómo muchas personas consideran ominoso en extremo todo lo relacionado con la muerte (cadáveres, aparición de los muertos, espíritus, espectros), lo cual lo lleva a proponer:

Pero difícilmente hay otro dominio en el cual nuestras ideas y nuestros sentimientos se han modificado tan poco desde los tiempos primitivos, en el cual lo arcaico se ha conservado tan incólume bajo un ligero barniz, como en el de *nuestras relaciones con la muerte* [...] Dado que casi todos seguimos pensando al respecto igual que los salvajes, no nos extrañe que el primitivo temor ante los muertos conserve su poder entre nosotros y esté presto a manifestarse frente a cualquier cosa que lo evoque. Aun es probable que mantenga su viejo sentido: el de que los muertos se tornan enemigos del sobreviviente y se proponen llevarlo consigo para estar acompañados en su nueva existencia.⁷

⁷ Sigmund Freud, “Lo siniestro” (1919), en *Obras completas*, ordenación y revisión de Jacobo Numhauser Tognola, tr. Luis López-Ballesteros y de Torres, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973, v. 3, p. 2498.

Si se recuerda ahora la cauta actitud inicial del narrador, quien se niega a juzgar o calificar la historia transmitida, se podrá concluir que Roa Bárcena escribió un texto bastante moderno, donde luego de codificar varios indicios, deja en manos del lector la deducción del significado último de la historia. Ya señalé que en ella no se propone un paradigma cerrado que acepte lo sobrenatural como parte de una mentalidad religiosa. Asimismo, si por un lado los intersticios forjados por el texto sirven para resquebrajar la realidad inicial que tanto los personajes como los lectores juzgábamos concreta, homogénea y cognoscible, por otro resultan insuficientes para proponer nuevos parámetros interpretativos de una realidad a la que se sumen fenómenos antes desconocidos. Ahí reside la amenaza desestabilizadora de la literatura fantástica, la cual derruye nuestra confianza en un paradigma de la realidad basado en la lógica causal y racional, pero no nos proporciona uno nuevo que lo sustituya; en suma, nos abandona a la incertidumbre plena.

XXVII

A partir de los rasgos formales de “Lanchitas”, Lasarte, luego de discutir cómo la ambivalencia del texto entre una probable lectura religiosa y otra fantástica se resuelve por la segunda, postula una inteligente hipótesis: “Se podría decir que el cuento, todavía en una época y en un contexto devoto, utiliza la posible explicación ‘sagrada’ para jugar con las dudas y la fe religiosa del lector. Sugerimos a la vez que al ostentarse esta tensión entre lo religioso y lo sobrenatural secular, el cuento, autoconscientemente, tematiza la encrucijada

XXVIII

poética en torno a los límites y posibilidades de la escritura fantástica de la época”.⁸ En el México del último tercio del siglo XIX, se sentía ya la ascendente influencia del positivismo, corriente impulsada por el gobierno como la doctrina oficial a partir de 1867, con el establecimiento de la República Restaurada; desde esta perspectiva histórica, el género fantástico implica una sana resistencia contra esa imposición, pues demuestra que no todas las manifestaciones culturales son reductibles a los postulados de la ciencia empírica. En síntesis, no importa que la doctrina oficial niegue la existencia de fenómenos extraordinarios que no son mensurables mediante un experimento científico, pues en la cultura, sobre todo en la de origen oral y popular, seguirán presentándose diversos sucesos sobrenaturales, aptos para su codificación en un texto fantástico. En cuanto ejemplo notable de esta literatura, la importancia de “Lanchitas” reside en ser una de las obras fundacionales del género en México,⁹ en una época en que las tendencias del pensamiento positivista conviven y se contraponen con la fe tradicional. Una prueba palpable de la gran trascendencia de este cuento es que haya generado una serie de relatos agrupables bajo el nombre de “La leyenda

⁸ Pedro Lasarte, “José María Roa Bárcena y la narración fantástica”, *Chasqui. Revista de Literatura Latinoamericana*, 20.1 (1991), p. 14.

⁹ Una conclusión lógica e inmediata de esta propuesta sería desechar el sambenito de “antecedente” del relato fantástico en México con el que se ha calificado a “Lanchitas”: “sus antecedentes [del género fantástico] los encontramos en el cuento ‘Lanchitas’ de Roa Bárcena y en *El plano oblicuo de Reyes*” (Luis Leal, *Breve historia del cuento mexicano*, México, Eds. De Andrea, 1956, p. 132).

de la calle de Olmedo”,¹⁰ pues las diferentes versiones que ha asumido su trama, tanto en la cultura letrada como en la popular, demuestran su capacidad para adaptarse a múltiples situaciones históricas y culturales.

De todo lo discutido en las páginas anteriores, puede concluirse que Roa Bárcena superó lo legendario en cuanto paradigma cerrado que incluye lo sobrenatural como parte de una explicación religiosa, para alcanzar las dimensiones del cuento moderno en su modalidad fantástica. Este proceso sólo puede seguirse y entenderse a cabalidad leyendo los textos incluidos en esta antología, que sin duda mostrarán el ascendente proceso de aprendizaje en la escritura seguido por Roa Bárcena, cuya obra todavía tiene mucho que comunicar a los lectores actuales.

XXIX

Nota de edición

El título elegido para esta antología alude a la naturaleza genérica de los textos de Roa Bárcena aquí incluidos, así como a la evolución de su escritura. Para exhibir mejor esta última, se ha alterado un poco el orden de las *Leyendas mexicanas*, donde “La Cuesta del Muerto” aparece antes que “La vuelta de una madre” y “La restitución”.

¹⁰ Para un análisis de este punto, así como del concepto de literatura fantástica que he expuesto brevemente, véase mi libro *En el reino fantástico de los aparecidos: Roa Bárcena, Fuentes y Pacheco*, México, El Colegio de México-Conarte de Nuevo León, 2004.

Encuanto a la edición de los textos, en general se ha acudido a las versiones originales o a las más antiguas localizables,¹¹ cuya forma primigenia se ha intentado respetar al máximo (incluyendo los usos “laístas” o “leístas” del autor, quien de seguro consideraba apropiada esa norma lingüística española). Las adaptaciones mínimas a ellos han tendido a hacerlos más acordes con los actuales usos ortográficos y tipográficos; por ejemplo, se ha modernizado la grafía de algunas palabras, se han eliminado las mayúsculas no significativas a inicio de verso y, excepcionalmente, se ha añadido o suprimido algún signo ortográfico, a partir de la propia práctica del autor (o de los tipógrafos de su época), la cual no siempre resulta uniforme. Pese al deseo de no recargar los textos con notas explicativas, en casos particulares se ha descrito el significado de alguna referencia o voz oscura. Para lo último ha sido útil el *Diccionario de mexicanismos* de Santamaría (2ª ed., México, Porrúa, 1974).

Las leyendas “La princesa Papantzin” y “La Cuesta del Muerto”, así como los relatos en verso “La vuelta de una madre” y “La restitución”, han sido tomados de la no reimpressa edición primigenia: José María Roa Bárcena, *Leyendas mexicanas, cuentos y baladas del norte de Europa*, México, Ed. Agustín Masse-Librería Mexicana, 1862.

¹¹ Agradezco con sinceridad la ingente colaboración de Pamela Vicenteño en el laborioso proceso de localizar y editar todos los textos (en especial su eficacia para encontrar las primeras fuentes). Asimismo, reconozco el auxilio de Alejandra Amatto en el cotejo de las diferentes versiones.

La difusión de la prosa narrativa del autor en el siglo xx se debió a valiosas aportaciones, en particular a la más conocida de ellas: José María Roa Bárcena, *Noche al raso* [y otros textos], pról. Jorge Ruffinelli, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1981.¹² No obstante, como ese volumen no indica la fuente precisa de donde se copiaron los textos, aquí se ha preferido reproducir las versiones más antiguas, que presentan ligeras variantes textuales (p. e. “lapidado” en lugar de “emparedado”) y, sobre todo, de puntuación; excepcionalmente se ha podido corregir alguna errata (como “abra” y no “obra”).

La fuente de “El hombre del caballo rucio” fue su edición princeps: José María Roa Bárcena, “El hombre del caballo rucio”, *Noche al raso*, en *Novelas (originales y traducidas)*, México, Imprenta de F. Díaz de León y Santiago White [edición del periódico *La Unión*], 1870, pp. 47-60. (En la página falsa que contiene el título de *Noche al raso*, se aclara que esta obra fue escrita en 1865.) En el caso de “Lanchitas” se acudió a la que casi seguramente fue la primera versión publicada: la difundida por el periódico católico *La Voz de México. Diario Político, Religioso, Científico y Literario*, en dos entregas, del 7 y 9 de octubre de 1877 (p. 1 y pp. 1-2, respectivamente); por la importancia del cuento para la fundación de la literatura fantástica en México, este último año resulta crucial, pues marca con nitidez la definición del género.

¹² También merece mencionarse: José María Roa Bárcena, *Novelas y cuentos*, pról. Leticia Algaba, epílogo Jorge Ruffinelli, México, Ed. Factoría, 2000.

Así como Borges no creía en el texto “definitivo”, concepto que él adjudicaba a la religión o al cansancio, yo tampoco concibo que haya una edición definitiva. Ésta que aquí se ofrece, con un objetivo de divulgación, es la que he podido preparar, pero de seguro podrá mejorarse.

XXXII Sólo me resta repetir lo que indiqué en otro trabajo académico: si bien “Lanchitas” ha sido incluido en numerosas antologías del cuento mexicano o hispanoamericano, todavía está pendiente la tarea que nos ayude a recobrar la obra completa de Roa Bárcena; ojalá esta antología sea un paso en esa vertiente, que nos permitirá ir completando el acervo indispensable para comprender a cabalidad nuestra cultura mexicana del siglo XIX.

Rafael Olea Franco
El Colegio de México

DE LA LEYENDA AL
RELATO FANTÁSTICO

LA PRINCESA PAPANTZIN

A mi amado padre,
el señor don José María Rodríguez Roa

Et lux in tenebris lucet.

I

3

Introducción

De pueblos humildes y grandes naciones
que llenan, mezclados, la faz de la tierra,
y al yugo se inclinan o encienden la guerra,
escrito en los cielos el término está.
Y cuando se acerca —la historia lo dice—
anuncian su adverso destino futuro
presagios, visiones, los signos del muro,
la tierra temblando, saliéndose el mar.

En medio de agüeros de gran desventura,
Dios quiso a la azteca gentil monarquía
con raro portento mostrar cierto día,
si bien entre sombras, la luz de la fe.
Sacó del sepulcro discreta princesa
que a reyes y plebe contó lo que ha visto;
con ello el apóstol primero de Cristo
en estas regiones de América fue.

Los hombres perecen, los pueblos acaban;
de grandes sucesos jamás la memoria:
del mar del olvido les hace la historia,
cual arca cerrada, las olas surcar.
Testigos, pinturas el caso acreditan
que sirve de asunto a aquestos cantares;
si tú de escucharlos, por dicha, gustares,
acaso te ofrezcan lección y solaz.

II

Primeros presagios.
Consultas hechas por el monarca

Con tristeza y temor desconocido,
de su palacio en lóbrego aposento,
Moctezuma Segundo en los presagios
medita que amenazan al imperio.

Sucesor de Ahuitzotl, llevó sus armas
contra los de Amatlán remotos pueblos,
y al encumbrar un escarpado monte
en su camino, temporal desecho

cerró sobre sus huestes numerosas,
envolviendo la nieve a los guerreros
en cándido sudario que les cuaja
la sangre toda en los desnudos miembros;

y los que el golpe destructor esquivan
de altos sabinos, seculares cedros
por el recio huracán allí arrancados,
en combates sin gloria perecieron.

De vuelta el rey a la ciudad, estalla
en la noche, sin causa, raro incendio
que las dos altas separadas torres
del templo principal devora a un tiempo.

5

Las aguas de los lagos otro día,
sin terremoto, tempestad ni viento,
con ímpetu terrible se agitaron
por el campo feraz dejando el lecho;

y al llegar a las próximas aldeas
y de Tenochtitlan al mismo centro,
asustan a la gente, habitaciones
de frágil estructura echando al suelo.

No están de la aflicción que esto les causa
los apocados ánimos repuestos,
y en la región del aire hombres armados
combatir y matarse todos vieron.

Y al general terror prestando creces,
tendió su cauda por el ancho cielo

corva y extensa, fúlgido cometa,
de futuras desdichas signo cierto.

Al rey de Acolhuacan Nezahualpili,
de la ciencia versado en los misterios,
acude Moctezuma y con él tiene
pláticas dilatadas en secreto.

6

De Nezahualcóyotl el hijo ilustre,
tras reflexión y cálculos sin cuento,
le dice que los males anunciados
por serie de presagios tan siniestros

principio han de tener en la venida
de extraños en tropel a este hemisferio,
cosa que a Moctezuma desagrada
y a la cual se resiste a dar asenso.

Fin para señalar a sus disputas,
por más que nos admire, convinieron
en jugar al balón y que el vencido
del otro a la opinión quede sujeto.

Ganó Nezahualpili, y Moctezuma,
presa de sin igual desasosiego,
de un astrólogo anciano muy famoso,
cuyo saber admira todo el reino,

el parecerpreciado al punto inquiere;
y, sin temor alguno, franco y recto,
del rey de Acolhuacan, vuelto a su corte,
la adversa decisión confirma el viejo.

Mas, en castigo, sepultado yace
de su mansión bajo el caído techo,
que tan aciaga suerte correr suelen
quienes dicen verdades a los necios.

7

III

Enfermedad y muerte de Papantzin

En estos incidentes meditando
está, según he dicho, Moctezuma,
cuando golpe más fuerte y doloroso
al corazón sus áulicos le anuncian.

La princesa Papantzin, fiel dechado
de hermosura y bondad, hermana suya,
y del gobernador de Tlatelolco
que hace un año murió, triste viüda,

presa de intensa fiebre, en su palacio
con ella a la sazón hállase en lucha,
por delirio fatal ora agitada,
cual tronco ya, sin movimiento y muda.

Saliendo el rey, junto a la ilustre enferma
se trasladó sin dilación alguna,
que entrambos desde niños se tuvieron
cariño sin igual, adhesión mutua;

8 y es tan discreta y hábil la princesa
que a veces el monarca la consulta,
y ella a regir el mexicano imperio
con talento clarísimo le ayuda.

En vano los tesoros de la ciencia
botánicos y astrólogos apuran
por dar alivio a la paciente. En vano
acude al templo en numerosas turbas

el consternado pueblo, y allí ofrece
de tosca piedra a las deidades rudas
trasparente copal, preciadas aves
de melodioso canto o rica pluma.

Creciendo fue con la mortal dolencia
de tan querido ser, la horrible angustia
de parientes y amigos, y en sus brazos
rinda Papantzin ¡ay, el alma pura!

Quedó tendido en el caliente lecho
su material despojo; la faz mustia

conserva de la fiebre ardiente el rastro
cual agostada flor falta de lluvia.

Todos la dulce mano bienhechora
que llevó al pecho en las congojas últimas
acuden a besar, gemidos dando,
y el cadáver en lágrimas inundan.

9

“—Sabiduría y caridad con ella
desaparecen para siempre juntas,
y su pérdida es para mi reino
de las calamidades la más dura”.

Esto el monarca entre sollozos dice,
y, besando de nuevo a la difunta,
a México se vuelve y en su alcoba
éntrase a lamentar su desventura.

IV

Las exequias

Para significar que fue Papantzin
de los menesterosos providencia,
de Centeotl el traje la vistieron,
que es diosa del maíz y de la tierra.

Colgaron de sus labios un zarcillo
con esmeralda como pocas bella
que, cuando el cuerpo se convierta en polvo,
sirva de corazón a la princesa.

10 La faz le cubren, y, adornado el manto
de tejido sutil con joyas regias
de oro brillante y plata, es el cadáver
tendido luego en primorosa estera.

Domésticos y esclavos afligidos
en su alcoba, turnándose, lo velan
tres días con sus noches, y solemnes
celebráronse al cuarto las exequias.

Sacerdotes, parientes, nobles, pueblo,
tremolando estandartes y banderas,
y del rey Moctezuma presididos
cuyo rostro oscurece aguda pena,

los restos llevan de la ilustre joven
con grave pompa a subterránea cueva
que en los jardines del palacio mismo
de Tlatelolco tiene entrada estrecha.

Al dejar el cadáver allí, mojan
con agua del estanque su cabeza,

en *ícpalli*¹ lo sientan y le ponen
a los lados vasijas de agua llenas,

copia de comestibles, un techichi²
que acompañe en sus viajes a la muerta,
y dibujados signos misteriosos
que la habrán de allanar todas las sendas.

11

Con ellos pasará sin riesgo alguno
entre dos altos montes que pelean;
por el camino angosto que defiende
sin dormirse un momento audaz culebra;

por la margen do habita el cocodrilo
de sus dientes mostrando las hileras;
por los desiertos ocho donde el viento
conmueve las montañas gigantescas.

Mientras deberes tales allí cumplen
los deudos con arreglo a sus creencias,
en lamentable voz los sacerdotes
el himno funeral cantan afuera.

¹ El original marca con cursivas y acentúa esta voz, que Santamaría registra como “*icpali*” (del azt. “*ícpalli*”): aztequismo con el cual se designa vulgarmente el equipal.

² Techichi (voz azt. de “*tetl*”, piedra, y “*chichi*”, perro): nombre que se daba al perro mudo, especie indígena que encontraron los españoles en las Antillas y en la América continental, como animal doméstico muy estimado (Santamaría, *s. v.*).

Terminada la triste ceremonia,
cubriose al punto con labrada piedra
ya dispuesta y de escasa pesadumbre,
del subterráneo aquel la exigua puerta.

La multitud entonces se retira
y hondo silencio en los jardines reina,
y descoge la noche pavorosa
sobre el mundo su manto de tinieblas.

12

V

*Papel que una niña representa
en esta historia*

Sus rayos esparcía
ya próximo al cenit el sol ardiente
en cielo azul y limpio al otro día,
cuando del un extremo, al Occidente
del jardín principal, donde habitaban
domésticos y esclavos, tierna niña
salió de su tugurio y, al halago
del manso viento que refresca el lago
y embalsama el olor de la campiña,
adelantose ufana
entre las verdes plantas y arboleda.

Del jiloxóchitl³ con astucia vana
quiere asir la gentil borla de seda;
de su empeño desiste;
corta y huella la flor que del leopardo
la piel manchada, al parecer, se viste;
se aleja con temor del rudo cardo;
del floripundio de oriental perfume
agita las campánulas de armiño
lanzando el cuerpo sobre el débil tronco;
y, sus antojos sin poner a raya,
con empuñado mimbre arrancar quiere
de la extendida mata que se adhiere
a la hendida pared, rubia papaya.

13

Con el gusto inefable
que al ver que es libre y de sus pasos dueño
y que cumplir su voluntad le es dable,
todo vivace pequeñuelo siente,
sin recelar el afectado ceño
de solícita madre o fiel sirviente;
esta de cinco abriles mariposa
ora de flor en flor vaga afanosa
y contempla su faz en clara fuente

³ Santamaría enlista esta voz como “jilosúchil” (del azt. “xilotl”, cabellitos de maíz; y “xochitl”, flor), cuya tercera acepción remite al significado de la palabra en el texto: lindísima flor de la planta [del mismo nombre], a la cual debe su nombre mexicano; los pistilos son largos hilos sedosos, finos, delicados, de color rosado o lila, solferino, morado, etcétera.

cuyo derrame en el jardín circula,
ora pretende con tenaz empeño
la canción recordar, que al fin modula,
con que la arrullan por la noche el sueño.
Y de césped, que brilla
con el rayo del sol, en ancha zona,
a semejanza de ágil cervatilla,
trisca y salta y se tiende juguetona.

No distante del césped,
en escampado porque más resalte
el matiz primoroso de su esmalte
que la esmeralda y el topacio afrenta,
atrae a poco su atención prolija
rastrera lagartija
de que la niña apoderarse intenta.
Tímido el animal, huye haciendo alto
de añoso tronco en la raíz nudosa,
y al ver que su enemiga codiciosa
le sigue, torna a huir con sobresalto;
corre a lo largo del jardín ameno,
y del estanque al pie, cuya agua riza
el céfiro, se mete escurridiza
de oscura grieta al escondido seno.

Tarde llegó tras ella
en su inútil afán la criatura,

y del estanque en la musgosa grada,
mal ceñida la regia vestidura,
serena como siempre la faz bella,
a la gentil Papantzin vio sentada.
Incapaz todavía
de comprender la muerte ni lo raro
de tal visión, espanto no sentía;
a que se agregaba que miró bañarse
allí más de una vez a la señora,
sin esclavas cual hoy, a aquesta hora;
y en su infantil razón nada hay extraño
en que, si bien difunta y enterrada,
sintiéndose en la tumba acalorada,
salga della a tomar de nuevo un baño.
Con señal expresiva la princesa
la incita a que se acerque, y cuando acude
solicita la niña, de recelo
sin el menor asomo,
la dice en grata voz como del cielo:
“—Llámame a la mujer del mayordomo”.
Al llevar su embajada,
ésta la respondió: “—¡Niña inocente!
La princesa está muerta y enterrada”.
Tírala del huepill⁴ la mensajera

15

⁴ Al parecer, en el siglo XIX todavía no se regularizaba la grafía de esta voz como “huipil”, que Santamaría define más bien como una blusa y no como un vestido: Huipil (del azt. “huipilli”). Antigua prenda de la

en que salga insistiendo impertinente,
y la buena mujer, casi enojada,
en ir con ella afuera
sólo por darla gusto al fin consiente.
Mas, no bien a Papantzin vio sentada,
sintió cual si en sus venas convertida
la sangre fuese en hielo,
y, de terror transida,
perdió el conocimiento y vino al suelo.

Tan funesto accidente
asusta a la entendida pequeñuela;
del a dar a la madre aviso vuela;
otras mujeres al lugar acuden
y cayeran también si en blando acento,
a ellas la faz tornando cariñosa,
no las dice Papantzin: “—Estoy viva
y al mayordomo hablar quiero al momento”.
Y como aquí, sin otra consecuencia,
termina la ingerencia
de la cándida niña en esta historia
cierta de todo punto aunque esté en verso,
para dejar de lo demás memoria
voy a escribir capítulo diverso.

mujer azteca, camisa de algodón, sin mangas, descotada, larga hasta las caderas y ancha, con bordados, adornos y bellas labores.

VI

Los reyes de Acolhuacan y de México ante la princesa

Llegado a su presencia el mayordomo,
ordénale Papantzin dé noticia
del caso singular al rey su hermano;
pero en obedecerla aquél vacila.

17

“—¿Cómo el rey lo que diga ha de creermé?
Pensará que me burlo y de su ira
provoco la explosión”. “—Pues ve a Texcoco
y di a Nezahualpili de parte mía

que venga a hablarme”. El servidor se aleja
y al palacio Papantzin se encamina,
y al verla andar domésticos y esclavos
juzgan que es sueño y más y más se admiran.

Pocas horas después a Tlatelolco
el sabio rey de Acolhuacan arriba,
dirígese a la alcoba y en sus labios
de la incredulidad lleva la risa;

mas cuando cerca está de la princesa
duda no tiene ya de que es la misma
que enterraron ayer, y al saludarla
pasmó y temor en su ademán se pintan.

“—Ruegoos que, yendo a México al instante,
digáis a Moctezuma que estoy viva
y que le quiero hacer revelaciones
que atañen a la azteca monarquía”.

18 Cumplió Nezahualpili aqueste encargo;
recibió Moctezuma su visita;
y, aunque le oyó sin distracción ni enojo,
crédito dar no pudo a lo que oía.

Sólo por no agraviar a su aliado,
con él y numerosa comitiva
de nobles y señores que le asisten,
de Tlatelolco el rumbo toma aprisa.

En la sala al entrar donde le espera
impaciente Papantzin, él la mira
con inefable asombro. “—¿Eres tú, hermana?”
Pregúntala con voz desfallecida.

Su diestra ella le alarga y le responde
en cariñoso acento: “—Soy la misma
a quien ayer dejaste en el sepulcro;
mas tu inquietud depón, que me hallas viva,

y quiero lo que vi comunicaros,
pues que con tal misión sólo me envía

desde la eternidad de nuevo al mundo
la inescrutable voluntad divina”.

Luego toman asiento los dos reyes
permaneciendo en pie la compañía
de nobles y criados, y Papantzin
lo que voy a contar habló en seguida.

19

VII

Narración de Papantzin

“No bien perdí la vida, o, si increíble
os pareciere aquesto, fui privada
de razón y al dolor quedó insensible
el cuerpo de mi espíritu morada,
por el aire con ímpetu terrible
he sido a llano inmenso trasportada;
llano sin cavidad, choza ni monte,
ni más límite y fin que el horizonte”.

“En el centro hay camino, dividido
en diferentes sendas tortuosas,
y cerca un río va que con bramido
ronco sus aguas lleva cenagosas.
A la contraria margen me decido,
como cediendo a fuerzas misteriosas

que me impelían, a pasar a nado,
cuando gallardo joven vi a mi lado”.

“Bella la faz y grande la estatura,
cual la nieve que manchas no consiente
era blanca su larga vestidura
y como el claro sol resplandeciente.
20 Dos alas y ceñida la cintura
lleva, y esta señal le vi en la frente
(diciendo así, con arte peregrino
su diestra de la Cruz formaba el sino)”.

“Contemplábale absorta y en sus ojos
brillo descubro de celeste llama;
herida de temor, caigo de hinojos,
álzame al punto y bondadoso exclama:
«—No atraveses el río; sus enojos
apacigua el Señor porque te ama
y te reserva perdurables goces,
aunque hasta agora tú no le conoces»”.

“Mi corazón latió con más sosiego
en presencia de tales maravillas;
llevome de la mano el joven luego
a visitar del río las orillas;
vi huesos calcinados por el fuego
y rotas calaveras amarillas;

oí gemidos de dolor y espanto
que inspiran compasión, mueven a llanto”.

“Del río al ancho cauce me convierto,
y unos barcos en él grandes y raros
con gentes cuyo traje y faz no acierto
por lo extraños que son a descifraros,
vi acercarse a las márgenes y advierto
de su intención hostil signos muy claros:
hace brillar el sol por todas partes
yelmos y escudos, armas y estandartes”.

21

“«—Dios la existencia prolongarte quiere—
dice el joven tornando a hablar conmigo—,
porque de la mudanza que se opere
en tu infeliz nación seas testigo.
Ese clamor que tus oídos hiera
lo arranca a tus mayores el castigo
dado a sus almas, del error manchadas
y a padecer eterno condenadas”.

“Los que allí ves llegar rubios varones
de noble faz en ademán guerrero,
tras recio batallar, estas regiones
conquistarán al filo del acero.
Han de venir con ellos las nociones
del soberano Bien, Dios verdadero

que sacó de la nada cielo y tierra
y cuanto alumbra el sol y el mar encierra”.

“Terminada la lid, baño sagrado
que las impuras almas regenera,
se ofrecerá al gentil de Dios llamado
y habrás de recibirlo la primera.
22 Vuelta del seno del sepulcro helado
y ardiendo en caridad y fe sincera,
en tu nación, por voluntad divina,
el apóstol serás desta doctrina»”.

“Dio a sus palabras fin; cual humo al viento
desvaneciose el venerado guía;
correr la sangre en mis arterias siento...
Palpo la cueva tenebrosa y fría;
la losa sepulcral quito al momento,
mis ojos ven la claridad del día;
de mi palacio en el jardín me hallo,
y lo demás, pues lo sabéis, lo callo”.

VIII

Conclusión

Atónitos quedaron los monarcas
y los señores y el vulgar gentío,

sin poder recusar el testimonio
de lo que ven y escuchan ellos mismos.

Alzose de su asiento Moctezuma
torva la faz y el ánimo afligido;
de nadie se despide, y se encamina
de su palacio a un apartado sitio,

23

do en épocas de luto se recoge
de los negocios lejos y el bullicio,
presa de la tenaz melancolía
a que siempre inclinose desde niño.

Dejó de visitar de sus mujeres
el oculto retrete favorito,
los salones de fieras, los estanques
y de Chapultepec el bosque antiguo

donde el sol no penetra y al impulso
de los vientos de otoño hacen ruido
semejante al del mar en la ribera,
sus ramas agitando, los sabinos.

Volver a hablar con su amorosa hermana
mientras vivió el monarca jamás quiso.
Los áulicos en vano le aseguran
que tiene trastornado ella el sentido,

y que son sus visiones y palabras
efecto de su falta de juicio.

Moctezuma a presagios anteriores
de su resurrección liga el prodigio,

24 y contempla en tal hecho, que le pasma,
y en las revelaciones, cierto aviso
del que a su pueblo y trono el alto cielo
ha señalado ya fatal destino.

¿Qué mucho que al llegar hasta su corte
los que el vulgo proclama del sol hijos,
indómitos guerreros agrupados
en torno del pendón de Carlos Quinto;

los que en tubo delgado el fuego encierran
y a salir del lo fuerzan a su arbitrio,
y a que la muerte dé con ronco estruendo
semejante del rayo al estallido;

los que en tropel sobre el indiano cargan
con la furia de raudó torbellino,
cándida la color, barbado el rostro
y cabalgando en brutos jamás vistos;

los que tras ruda lid, como aliados
traen a sus vencidos enemigos,

de la ilustre Tlaxcala defensores,
de quienes Xicoténcatl es caudillo;

al llegar hasta el centro del imperio
seres de audacia tal ¿qué mucho, digo,
que, viendo Moctezuma en cuanto pasa
el cumplimiento de altos vaticinios,

25

en el cuitado corazón de menos
eche el valor y generoso brío
con que a México dieron sus mayores
lustre y fama inmortal, nuevos dominios;

y, en vez de conducir su pueblo el paso
a disputar al invasor altivo
la libertad común y cetro y vida
perdiendo allí si tal era su signo,

con fiestas y regalos humillantes
le reciba en palacio en son de amigo,
y no le indigne que el ibero ponga
ley a su voluntad, a sus pies grillos?

Lidieron otros con fortuna adversa,
mas con valor que admirarán los siglos.

Sus brazos amorosos la Cruz luego
tendió entre vencedores y vencidos.

De su doctrina santa a la influencia
llegaron a formar un pueblo mismo,
de cuya ardiente fe dan testimonio
¡los templos que nosotros destruimos!

26

Papantzin, que vivió desde el suceso
en estas breves páginas descrito,
extraña al fausto de la egregia corte
y a la abstinencia dada y al retiro;

en las regiones del antiguo imperio,
al tremolar el pabellón de Cristo,
fue la primera en recibir el baño
de las sagradas aguas del bautismo.

Tomó en él de María el dulce nombre,
y, a su ejemplo, el idólatra gentío
deja las sendas del error y acude
a los rediles del Pastor Divino.

LA VUELTA DE UNA MADRE

A mi amada esposa, la señora
doña María de la Paz Villamil de Roa

Va Pedro a una isla y hallando,
después de azares prolijos,
faz hermosa y genio blando
en Berta, casó, mirando
crecer en torno seis hijos.

27

Después la peste arrebató
a Berta, y de tal herida
a Pedro el dolor no mata,
y en su condición ingrata
del bien que perdió se olvida.

Vase a otra isla y en ella
con nuevo himeneo sella
la interrumpida ventura;
la nueva esposa es muy bella
con alma insensible y dura.

Al acercarse al hogar
no su compasión despierta

ver cómo están a la puerta
los seis niños sin jugar,
pensando en la madre muerta.

Con aspereza inaudita
riñe a aquellas criaturas,
el blando colchón las quita,
las deja solas y a oscuras
y acalla a golpes su grito.

De hambre y de sed y de miedo,
y tan lastimosamente
que en ello pensar no puedo,
sin agua, pan, luz ni gente,
lloran los niños muy quedo.

Pero su llanto al oído
materno llega en la fosa,
y “para verlos te pido
licencia” en tono sentido
decir a Dios Berta osa.

Ruega más y, al fin, se ablanda
el Señor, y su demanda
obtiene propicio fallo:
que esté de vuelta le manda
al primer canto del gallo.

Sobre sus débiles pies
del ataúd se levanta
Berta, y marchando al través
de la campiña, la res
huye y el mastín se espanta.

Hállase con la mayor
de las niñas en la puerta,
y dícela con amor:
“—¿Qué estás haciendo despierta
y así del frío al rigor?

29

¿Tus hermanos dónde están?
Vosotros sois el imán
que aquí me atrae, hija mía”.
Y la niña respondía
a tan cariñoso afán:

“—No sois mi madre; ella era
alegre y blanca y rosada;
vos sois pálida cual cera,
y ni os sonreís siquiera,
y la diestra os siento helada”.

“—Posible no hubiera sido
que alegre y bella me vieses,
del alma objeto querido,

cuando hace más de ocho meses
que en el sepulcro he dormido”.

De la niña acompañada
que la contempla asustada,
en el dormitorio entra,
y en llanto la faz bañada
a los chiquillos encuentra.

30

Del uno el traje cepilla,
peina al segundo el cabello,
besa al otro en la mejilla,
junto al jergón se arrodilla
en que dormita el más bello.

Todo lo arregla y dispone,
toma al infante del lecho,
le ciñe en abrazo estrecho
y en su regazo le pone
como para darle el pecho.

Manda llamar al marido
con la niña; Pedro viene
y está de terror transido;
con la dulce voz que tiene,
Berta le dice al oído:

“—Pan, colchones y bujías
para nuestras criaturas
dejé, y sin comer los días
pasan y las noches frías
sobre la paja y a oscuras.

Si prolongas tu descuido
y de nuevo, a su gemido,
dejo mi ataúd desierto,
que algún mal desconocido
os sobrevendrá te advierto.

31

Mas canta el gallo y termina
el plazo que me fijara
la Omnipotencia divina”.
Dice, y al umbral camina
Berta sin volver la cara.

Desde aquella noche, cuando,
de la aldea en los confines,
a los esposos el blando
sueño interrumpen ladrando
los alarmados mastines,

a los niños de comer
llevan Pedro y su mujer,

y con pavor se le junta
ella, recelando ver
el alma de la difunta.

1861

LA RESTITUCIÓN

Sus posesiones campestres
Morten recorriendo va.
Cabalga en un potro, cabalga, y un día
sintiose atacado de súbito mal.

33

Dejó a la ermita su oro
y al convento su corcel;
su cuerpo los monjes piadosos sepultan
no lejos, de tierra bendita en seis pies.

Iba Folmer a otro día
del llano al través, y vio
que Morten cabalga, que Morten le sigue,
y aquél se detiene, temblando y sin voz.

—Óyeme, le dice Morten;
depón tu miedo pueril;
no trato de hacerte, Folmer, daño alguno.
—Mas ¿cómo te acercas? ¡Tu entierro ayer vi!

—No es un proceso pendiente
ni de riquezas la sed
lo que háceme agora salir del sepulcro
do entraron mis miembros cansados ayer.

De dos huerfanillas pobres
la reducida heredad
uní yo a la mía por medios injustos,
y Dios enojado me oculta su faz.

34

Antes de entrar a tu casa,
Folmer, a mi esposa di
que vuelva a esas niñas el campo de trigo
plantado hacia el Norte, del bosque al confín.

Si te pide señas, dila
que con luz y en vela esté
orando en su alcoba, y allí dibujarse
mi sombra esta noche verá en la pared.

—Restituido en la tarde
el campo, Morten, será;
a fe de cristiano lo juro; ya puedes
volver al sepulcro y en él descansar.

LA CUESTA DEL MUERTO

I

35

El camino de Jalapa a Coatepec

De cuanto he visto no hay cosa
que así me halague y sonría
como mi ciudad natía,
como Jalapa la hermosa.

Ni vi más lindo vergel
que Coatepec, cuya calle
se extiende en ameno valle
limpia y trazada a cordel.

De sus montañas musgosas
se asienta aquella en la falda,
luciendo fresca guirnalda
de mirtos, nardos y rosas.

Sus cármenes atraviesa
red de arroyuelos sutiles,

y baña sus pies gentiles
honda y cristalina presa.

El pueblo al pie de altos montes
se aduerme al rumor de un río,
y tiene perpetuo estío
si estrechos los horizontes.

36

Cuando visita el viajero,
tras la aridez de la costa,
esos campos que ni agosta
julio ni entristece enero;

cuando mira el caserío
blanquear en la montaña,
o que descubrirlo extraña
en hondonadas umbrío;

cuando respira el ambiente
en aromas impregnado
del liquidámbar preciado
y del jinicuil pendiente;

y oye que en dulces conciertos
dan su voz por las mañanas
las arpas en las ventanas,
los pájaros en los huertos;

y halla una limpieza extrema
en calles, casas, personas,
y un sol en aquellas zonas
que vivifica y no quema;

un sol que brilla al través
del aire diáfano y puro,
flores que visten el muro
y dan alfombra a sus pies;

37

y gente de afable trato,
y, lector, aunque te asombres,
franca amistad en los hombres
y en las mujeres recato;

toma súbita querencia
a la tierra en que nació,
y a veces quédase allí
a terminar su existencia.

Pero me difundo ya:
voy el camino a trazarte
que al Sur de la villa parte
y al pueblo expresado va.

Puedes andarlo en dos horas
por anchurosa calzada

de un bosque al través tirada
entre arboledas sonoras.

Y a trechos el lujo es tal
de aquella vegetación,
que te forma pabellón
de frescura sin igual.

38

El liquidámbar y encino,
la madreselva, la rosa,
la verde palma orgullosa
y el sobresaliente pino,

ligan entre sí sus ramas,
o mecen flor y capullo
de las brisas al arrullo
sobre las humildes gramas.

Tienden sus puentes colgantes
de un árbol a otro livianas,
vides silvestres, lianas,
la hiedra de hojas sonantes.

Veloz a las ramas trepa
la ardilla si es perseguida;
la parda culebra anida
del tronco añoso en la cepa.

Y bajo aquella enramada
oirás en distintas horas,
ya de las aves canoras
la melodía acordada,

ya el silbido del arriero,
del leñador los hachazos,
o los recios picotazos
del pájaro carpintero.

39

Si el Norte a veces, tesoro
de salud y de frescura,
brama al romper su clausura
como enfurecido toro,

abate y descuaja arbustos
y en remolinos se lleva
la hojarasca y hoja nueva
de los robles más robustos.

Y hace en el bosque un ruido
como el del mar, y un instante
de la campana distante
estás oyendo el sonido.

No nubla el cielo sereno
de polvo con nubarrones,

que es en aquellas regiones
compacto y duro el terreno.

Siendo quebrado el camino,
tras hondo valle te encumbras
y a un lado y otro vislumbras
paisaje el más peregrino.

40

Abismos hay a tus pies
que cubre espeso verdor;
sale del fondo el rumor
del torrente que no ves.

Si la sima es peñascosa,
divisas en su hondo lecho
por bosquecillos de helecho
correr el agua espumosa,

ora roja, ora amarilla,
zarca o cenicienta acaso,
según el color que al paso
toma en sus lechos de arcilla.

Más allá de las barrancas
ves llanos, colinas, chozas,
y el humo que de las rosas
sube en espirales blancas.

Y en el valle y la montaña,
sirviéndola de coronas,
ves las amarillas zonas
de la dulcísima caña.

Ves las serpentinas sendas
por los montes solitarios,
y casas y campanarios
de rancherías y haciendas.

41

Van no lejos y entre sauces,
sin arrastrar cieno alguno,
dos ríos, en sólo uno
a confundir sus dos cauces.

Tibias y medicinales
son las aguas del primero;
como las nieves de enero
lleva el otro sus raudales.

Oyes detrás de los cerros,
a los lados del camino,
el estruendo del molino
y el ladrido de los perros.

Y aunque al pueblo puedes ir
desde Jalapa en dos horas,

si con la vista devoras
lo que intenté describir,

te ha de entretener al grado
de que aun no, seguramente,
llegues al último puente
cuando la noche ha cerrado.

42

II

El cronista y su guía. La Cuesta. La tradición

Como a mitad del camino
a pie llegaba una tarde,
volviendo de un rancho oculto
entre bosques seculares
y en medio de dos colinas,
de Coatepec adelante.

Puesta la escopeta al hombro
y con la vista en los árboles,
entre sus ramas buscaba
la ardilla, invisible casi
según lo rápidamente
que por el bosque entra y sale.
Y, cazador distraído,
siempre con nuevos afanes,
ni en derredor advertí

la belleza del paisaje
que incendiaba la luz roja
del sol que a Occidente cae;
ni recordaba siquiera
que iban en los dos morrales
mío y del guía un conejo
y dos o tres gavilanes.

43

Era el guía hombre robusto
de cuarenta navidades,
carácter franco y resuelto,
faz morena, piernas ágiles,
fresco sombrero de palma
con cintas negras al aire;
blanca la camisa y verdes
las calzoneras que al talle
banda de burato ajusta
ancha y de color de sangre.
Ahumado lleva el fusil,
que es útil cosa el quitarle
todo brillo, y siendo opaco,
no asusta al ciervo ni al ave.
De una correa pendiente
la gamitadera trae
que así a las ciervas engaña
como convoca a los áspides;
y al extremo de dos cuerdas

atados, por ser ya tarde,
dos lebreles, raza pura,
con el afán de soltarse.

Era el guía, como he dicho,
hombre resuelto, y sus lances,
sabidos en la comarca,
fama le dieron y grande.
Mas es la gente del campo
supersticiosa, y Andrade
—que así se apellida el hombre—
sin que le tiemblen las carnes
al lobo dispara, o burla
al bravo toro pujante,
mata la enroscada víbora,
domeña al potro salvaje,
a nado atraviesa el río
cuando ha salido de madre;
y a veces en la taberna
o en lo más recio del baile
donde al zumo de la caña
culto se rinde y no en balde,
si hay pendencia, entre las voces
su ronca voz sobresale,
y si cuchilladas llueven
rey le coronan los jaques.
Mas si, por ventura, oye

de boca de las comadres
historias de aparecidos
con sus pelos y señales;
si al atravesar el bosque
suenan gemidos distantes,
o estando la noche encima
y él lejos de sus hogares,
fuegos fatuos o luciérnagas
por aquí brillan o arden;
si al salir de algún recodo
con el lego mendicante
de hábito oscuro tropieza,
helada siente la sangre,
se le erizan los cabellos,
la lengua se le contrae,
a su voluntad las piernas
dóciles no son cual antes;
se santigua, en sus adentros
clama a los custodios ángeles,
y ofrece en solemne voto
llevar cera a los altares.
Ni del certero fusil
monta siquiera la llave,
que si son contra los vivos
armas de fuego eficaces,
cónstale al guía que nada
contra los difuntos valen.

Venía en esto la noche
al par que se iba la tarde,
y un alta cuesta ganamos
dejando a la espalda el valle:
y como es lugar de historia
y en la que escribo importante,
quiero que el lector conmigo
un punto a verla se pare.
La calzada encumbra el monte;
detrás de unos matorrales
hay a la siniestra mano
cantiles amenazantes,
cuyas azuladas peñas
que el musgo tapiza en parte
y con grato albergue brindan
a las águilas caudales,
suspensas en el vacío
sin tener sólida base,
negras hendiduras muestran
en que los arbustos nacen;
y al más leve terremoto
o al pasar un carruaje
que cimbre el camino, haciendo
estrageo terrible, caen.
Hay a la diestra un abismo
tajado a pico, y son tales
sus dimensiones, que el fondo

ver desde arriba no es dable.
En él sus raíces tienen
varios gigantescos árboles
sin que la altura del borde
sus verdes copas alcancen.
Si del cantil de la izquierda
llega una peña a soltarse,
rueda al través del camino
y sin que nada la ataje,
zumbando espantosamente
hacia el hondo seno parte,
se oye chasquido de ramas
y luego el estruendo grave
de la mole que en las rocas
rebota despedazándose;
y de los oscuros antros
con alas torpes, sonantes,
describiendo negros círculos
salen las nocturnas aves.

47

—¿Qué es esto, Andrade? ¿Qué viste
que así te vas por delante,
de enfermo que está con fríos
llevando en tu rostro el aire?
¿Por qué aceleras el paso
y es tu distracción tan grande
que los lebreles van sueltos

sin que otra vez los amarres?
—¡Ay, señor! ¡Ay amo mío!
¡Quién, como usted, ignorase
que está en la Cuesta del Muerto
estando al morir la tarde!
No bien las sombras se espesan
cuando en esta fecha sale
todos los meses un bulto
por el claro que se abre
al comenzar los cantiles,
prestando corriente fácil
a las aguas de aquel monte
donde es la lluvia abundante,
y en cuya falda hay ruinas
cerca de cien años hace,
de una finca muy valiosa
con que dio un incendio al traste,
y que fue de un español...
—Al grano vamos, Andrade.
—Pues, señor, como decía,
por el portillo y en traje
de cristiano, sale un muerto
carga pesada llevándose
a la espalda en un costal
cuyas señas... —¡Adelante!
—Digo (y su merced dispense
lo rudo de mi lenguaje)

que anda un trecho del camino
el muerto, cual si pujase
al peso de lo que lleva
y que debe de quemarle.
A la orilla del abismo,
do ser más profundo sabe,
se para; los pies afirma;
mece en infernal balance,
siempre en las espaldas puesto,
el costal para lanzarle,
y a poco desaparecen
muerto y costal, y unos ayes
resuenan, que con oírlos
para morir se hay bastante;
y luego el macizo golpe
de quien tortilla se hace,
como huevo que se estrella
en duro suelo de jaspe.
Y esto lo han visto y oído
gentes de todas edades
de los inmediatos ranchos,
arrieros y caminantes.
De miedo aquestos se paran,
de dar un paso incapaces,
y de tercianas se lisan
a consecuencia del trance.
Más avisadas aquellas,

dejan que los perros ladren
cuando olfatean al muerto
desde muy lejos sagaces;
cierran y atrancan al punto
las puertas de los jacales,
y ante la palma bendita
que en ellos cuidan no falte,
silenciosos se reúnen
chicos, medianos y grandes,
y haciendo corro la abuela
reza un *Requiescat in pace*.

 Mi curiosidad excita
con su narración Andrade,
y allí aguardando, resuelvo
de la verdad cerciorarme.
Más que mi dádiva hizo
de mis razones el arte,
que el amilanado guía
se resignara a quedarse.
Los dos tomamos asiento
después de atar a los canes
a un tronco, y a mi escopeta,
por lo que fuere y sonare,
puse bala y renové
la cápsula fulminante.
De nuestros cigarros sube

blanco el humo en espirales,
que está la noche serena
y el viento dormido yace.
Yo las estrellas contemplo
y el guía murmura aparte
oraciones, o al ruido
de alguna rama al troncharse,
vuelve con presteza el rostro
y se estremece cobarde.

51

Mientras el tiempo transcurre
y nuestros cigarros arden
y echados y sin dormirse
están los perros leales,
hago preguntas al guía
y acaba, al fin, por contarme
la historia que a los espantos
que vamos a ver dio margen.
Procuraré reducirla
a términos razonables,
que en circunloquios eternos
y en digresiones mortales
mi rústico se divaga
por afición, por carácter,
como si el bueno del hombre
cursara universidades.
Si temes perder el tiempo

o que mis versos te cansen
por ser en extremo llanos,
dignos hijos de su padre,
cierra el libro y quedaremos
tan amigos como antes.

[La historia contada por el guía, que según él originó la imagen espantosa, es la siguiente. Caído de la gracia del rey español Carlos III (1759-1788) y exiliado en México, don Lope de Aranda lleva ya cinco años de matrimonio con la bella e infeliz doña Inés, la cual es cortejada por Román, sobrino de don Lope, y por Francisco, hijo del mayordomo de la hacienda. En un ataque de celos, don Lope intenta en vano asesinar a Francisco, por lo que doña Inés urde un maligno plan: para quedar libre y poderse casar con Román, a quien ama sin que éste lo sepa, ella finge inclinarse por Francisco y lo incita a matar a su esposo. Una vez cometido el crimen, ambos meten el cadáver en un costal y ella incendia la casa; mientras doña Inés ayuda a Francisco a transportar la pesada carga, aprovecha el contacto físico para atar la ropa de éste al costal; así, cuando él arroja su carga a un precipicio, es jalado por el peso y también muere. Al final, Román, inocente y mudo testigo de todo, prefiere huir antes que concretar un amor manchado por la sangre, y

doña Inés es sentenciada a morir por el garrote. Esta truculenta y poco convincente trama explicaría la terrible visión de una casa incendiada y de un hombre que parece arrojar a un barranco junto con su pesada carga.

Como se lee en el siguiente y último canto, el final de la historia lo sabe el cronista por otras fuentes, pues el guía interrumpe su relato por el miedo que le causa la aparición de la entidad fantasmal]

53

XI

Conclusión

Iba a decirme el guía
lo que supe después por otras gentes:
que en ese mismo día
la barranca explorando diligentes
mezclados alguaciles y aldeanos,
de un árbol en las ramas detenido
el saco hallaron en que fue Don Lope
por su verdugo y su mujer metido.
Que, prosiguiendo las pesquisas luego,
tras fatigas inútiles no pocas
y cuando el sol desde el cenit abrasa,
del fondo vieron en las negras rocas
de otro cadáver la sangrienta masa.
Que, a declarar llamados,

cual es de suponer, los convidados
a la mesa de Aranda, el juez se impone
del extraño incidente
que a la fiesta dio fin súbitamente.
Que, poco a poco, la verdad desnuda
apareciendo va, y en que la esposa
es responsable de la muerte odiosa
del hidalgo infeliz, no cabe duda.
Que a Madrid la noticia del suceso
en alas del terror llevó la fama;
que el rey pide un extracto del proceso
y, tras leerlo, a su ministro llama,
y al virrey Villalón llega un expreso
pocos meses después, para que sufra
muerte vil de garrote la vil dama.

Iba a contarme el guía,
según supe después, los pormenores
de la prisión de Inés, quien, su sentencia
leer oyendo, prorrumpió en clamores
de ira y duelo y las manos se mordía,
mostrando hasta la fin su impenitencia.
Iba a explicarme en su lenguaje extraño
a cultura y ficción, cómo cubrieron,
noble por ser Inés, con negro paño
el tablado de pino resonante
a que, sin vida casi, la subieron

de la curiosa multitud delante;
y cómo, vuelta a la espaciosa plaza,
y al tosco banco y respaldar sujeta,
su garganta gentil ciñe y aprieta
y hace al cabo crujió férrea tenaza;
quedando, a poco, inmóvil el convulso
cuerpo, y el blanco rostro amoratado,
y sin latir el corazón ni el pulso,
y el pueblo enfrente mudo y aterrado.

55

Iba a decirme que en región extraña
vagó Román y que llevó consigo
del reprobado amor que hubo en su pecho
recuerdo que le daña,
de su tranquilidad fiero enemigo.
Que su pena y horror más cada día
creciendo fueron, y, después, tocado
de la celeste gracia, en un convento
lavó con llanto amargo su pecado,
a su felice conversión dio cima,
y, austero cenobita y venerado,
murió en olor de santidad en Lima.

Iba el guía a contarme
esto y acaso más, cuando le falta
de repente la voz, su diestra tiende
hacia el camino, y del asiento salta.

Se le eriza el cabello, se santigua;
suelos aúllan los lebreles viendo
a la espesura lóbrega contigua.
Traidor ataque súbito temiendo
de bandoleros yo, mi rifle tomo
a la defensa listo y, entretanto,
el buen Andrade que temblaba como
débil hoja al embate de la brisa,
“es el muerto” me dijo con espanto,
empreniendo la fuga a toda prisa.
En vano yo seguirle pretendiera,
que a la del ciervo iguala su carrera
en rapidez, e insólito deseo
tengo de ver la aparición terrible;
los ojos abro hasta donde es posible,
lector, y, sin embargo, nada veo.
Nada turbaba la serena calma
de sitios que recuerdo con cariño,
donde a la vez hallaron, desde niño,
vigor mi cuerpo, inspiración mi alma.
Mientras, el compañero,
sin dar tregua a la fuga, a la siniestra
mano tomó por áspero sendero
que asilo en choza rústica le muestra.
Llama a la puerta, de terror transido,
ábrenle los pastores alarmados;
mas, la luz del hogar no bien ha herido

sus ojos ofuscados,
cae el hombre en el suelo sin sentido.

Si, tras años y azares,
con el ardor antiguo y sed de gloria
no me ha faltado, acaso, la memoria,
en aquestos cantares
de “La Cuesta del Muerto” os di la historia.

57

1861

EL HOMBRE DEL CABALLO RUCIO

59

A ESTA SAZÓN DESPERTABA EL MILITAR CON VISIBLES SEÑALES DE ESPANTO; Y CON DECIR QUE DESPERTÓ, SE DIJO QUE TOMÓ la palabra para no dejarla hasta que amaneciera.

—¡Maldito dormir, que de nada me ha servido sino de sudar frío y sentir más molidos los huesos! ¡Y malditos sueño e imaginación mía, que me convirtieron en actor en un lance que no baja de treinta años que oí referir en una de mis expediciones, y del que no me había vuelto a acordar! El tinglado bajo el cual dormía yo, o, más bien dicho, soñaba que dormía, se columpiaba como a impulsos de un terremoto con las mecidas del hombre aquel. ¡Y luego sus ojos, aquellos ojos de mirada satánica, fija en mí y que me penetraba hasta la médula de los huesos!

Pero como ustedes creerán, piadosamente juzgando, que he perdido el juicio, voy a referirles del modo más conciso posible la tradición que a mí me refirieron allá por el año de 1816; una vulgaridad que ni yo ni ustedes podemos creer; pero en que creen a pie juntillas las gentes de las rancherías en la zona que se extiende en todo el declive de la Mesa Central hacia la costa de Veracruz.

60 Supongo que alguno de ustedes ha bajado, siquiera una vez, de Puebla o de Perote al puerto que acabo de nombrar, tomando la carretera que pasa por Las Vigas, La Hoya, San Miguel del Soldado y Jalapa; y que al salir de La Hoya y al descender por la terrible pendiente que conduce al penúltimo de los citados puntos, ha vuelto los ojos a su izquierda y contemplado uno de los más hermosos panoramas que yo he visto en mi vida. Dejando atrás, o sea al norte, un anfiteatro de cerros y montañas, y mesas tajadas a pico, en cuyas planicies brillan a lo lejos con los rayos del sol los pueblos de Naolinco, Tonayan, Pastepec y otros muchos, y de uno de cuyos verdinegros cantiles surge, a semejanza de una asa de cristal de roca, la catarata de Naolinco; se extiende un valle inmenso esmaltado de arboledas, maizales, zarzas, musgo, caña de azúcar y lava volcánica, medio fundiéndose en la luz atmosférica los tonos más variados del verde, del rojo, del negro y del amarillo que predominan en el paisaje. Aquel inmenso valle se abre desde las vertientes orientales del Cofre de Perote hasta el Atlántico, que, como una cinta azul celeste muy bajo, forma en los días claros y serenos la última lontananza del cuadro. Por allí descendió en alguna de las erupciones del Cofre, de que no había ya ni noticia en tiempo de la conquista española, una de las grandes corrientes de lava, yendo hasta el mar, calcinando vegetación, terrenos y peñascos en una latitud de leguas, y haciendo desaparecer ríos que recorren larguísimas distancias bajo su manto petrificado, para salir de nuevo al aire

y a la luz del sol. Sólo desde las cumbres de Aculzingo se domina, sin subir a las grandes alturas de la Mesa Central, un espacio mayor y más pintoresco; y para que nada falte a la magnificencia del paisaje a que me contraigo, las brisas suelen traer por aquella abra inmensa, al oído del viajero, los sordos bramidos del volcán de Tuxtla, a que responden, a guisa de eco, los truenos apenas perceptibles del cerro de La Magdalena, hacia el norte; mientras a la derecha reme-
61 dan la voz del océano los negros y gigantescos pinos de la falda del Cofre, contrastando con el ópalo de su cumbre, vestida de nieve casi siempre.

Ahora bien; penetrando por aquel magnífico valle hacia la costa, hubo a principios o mediados del siglo pasado una propiedad territorial considerable cuyo centro era Rancho Nuevo, y que, extendiéndose entre Actopam y La Pastoría, cerca de la Mesa del Rodeo, y atravesando parte de los terrenos bajos de Naolinco, llegaba hasta el Alto de Tiza, entre San Antonio del Monte y el rancho de Zontzocomotla. Dueño era de tal extensión territorial, poblada de numerosísimos ganados lanar, vacuno y caballar, un hidalgo que, o no me dijeron o no recuerdo si era español, o criollo educado en España y de allá venido con ciertas ínfulas de gran señor y con no pocas ideas de las que hoy llaman avanzadas y que él ponía en práctica, no sin disgusto y hasta escándalo de los rancheros comarcanos. Así, por ejemplo, cierta capilla existente en alguna de sus posesiones, permanecía cerrada, no obstante contar con los paramentos necesarios, sin que

los capellanes de otras haciendas del rumbo fuesen jamás llamados a celebrar misa en ella. Los pobres de la comarca, si se aventuraban a pedirle limosna, sólo recogían sermones más o menos ásperos contra la holgazanería y la mendicidad. No había memoria de que hubiese entregado sus diezmos completos y sin lanzar alguna pulla contra obispos y curas; y parecía complacerse en hacer llevar sus reses al herradero los domingos y demás días de fiesta, lo cual quemaba la sangre a sus mayordomos y pastores, envidiosos del descanso a que la demás gente del campo se entregaba en tales días.

Tampoco supe o recuerdo el nombre del hidalgo, persona como de 48 años de edad, alta, fornida, de gesto agrio y enormes patillas negras, y que llevaba, a la usanza del tiempo, recogido el largo cabello en una coleta cuidadosamente liada con listón verde, que se le mantenía tiesa a manera de culebra semilevantada del suelo, o le azotaba la espalda al recio galopar de su caballo favorito. Era este rucio, según decían los rancheros, de anchos encuentros y de una ligereza tal, que en vano habían querido competir con él en la carrera los mejores potros de la tierra y aun los venidos del interior. Nuestro hombre no montaba sino el rucio, a pesar de tener muy bien provistas sus caballerizas; y los mejores campiranos, al verle con sus calzoneras de paño azul y botonadura de plata, y su ancho sombrero de palma con gruesa toquilla, y mascando un enorme veguero de que recogía y despedía el humo en sendas [*sic*] bocanadas; al verle, digo, galopando o yendo al paso en su rucio, exclamaban en tono de la más sincera admi-

ración: “No se puede negar que este hombre nació a caballo”. Tal admiración neutralizaba hasta cierto punto las antipatías que le creaban su riqueza, su lujo, su brusquedad y sus irreligiosos proceder; si bien no era bastante a hacer olvidar a sus arrendatarios de tierras lo que respecto del hidalgo dijo una vez el cura de Actopam, al enjugar las lágrimas a una viuda que con ocho hijos de tierna edad acababa de ser lanzada de la miserable choza en que había nacido, por no poder pagar unas rentas vencidas: “Ese hombre no puede tener buen fin”.

63

Y sucedió que, con todo y haberse reído del pronóstico del cura, nuestro hidalgo, cierto domingo en que sus vaqueros llevaban a herrar nuevas reses y él a cierta distancia los vigilaba, al atravesar unos terrenos planos de Zontzocomotla aflojó las riendas y apretó las espuelas al rucio, dando en él una de aquellas carreras de relámpago en que nadie logró jamás sacarle ventaja. Muy plano era, como dije, el terreno, sin árboles ni arbustos, y sólo entapizado de un zacatón de terciá o poco más de altura, que ignoro cómo pudo encubrir a los ojos de cabalgador y cabalgado un peñasco liso, azulado y casi cuadrado, que hasta la fecha debe allí existir, o que al menos allí me enseñaron en una de mis expediciones. Lo cierto es que el caballo tropezó con el tal peñasco en lo más recio de su carrera, lanzando por encima de su cabeza al jinete, dejándole sembrado en el suelo, y huyendo en dirección transversal, azotado de los estribos, sin que en mucho tiempo reapareciera. Vieron los vaqueros caer al amo, lo cual les causó no poca sorpresa, aumentada hasta la

estupefacción, cuando acercándose a examinarle, halláronle desnucado y muerto. No hubo en toda la comarca quien no pensara y dijera, que fin tan desastrado era castigo del cielo por el afectado quebrantamiento de la guarda de los días festivos; y tras pasos, diligencias y trabajos para que enterraran al muerto en sagrado, y tras recoger su herencia unos sobrinos que tomaron posesión de sus haciendas, nadie se acordó ya de la filosofía ni de la persona del propietario.

64 Mas, pasado algún tiempo, sucedieron al olvido las preocupaciones y los temores, y al silencio la charla, no de las comadres, sino de los campesinos más honrados y formales de aquel rumbo. Los vaqueros que conducían ganado a los potreros de Rancho Nuevo protestaban, haciendo la señal de la cruz, que un hombre de ancho sombrero de palma con enorme toquilla de plata, vestido de calzoneras azules con botonadura también de plata, y retorcida y tiesa por detrás la coleta; que el muerto, para no cansar a ustedes, el muerto en persona, montado en el rucio de marras, les había salido de entre unos árboles llamados xícaros (tan corpulentos como los robles y parecidos a éstos en el tronco), espantándoles con tremendas carreras y estupendos y roncísimos gritos el ganado, que se desperdigó por el monte como si hubiera visto al diablo. Agregaban que, habiendo congregado con muchísimo trabajo las reses dispersas, volvió a salirles el muerto con los mismos gritos y carreras, en un punto llamado La Raya, causando el propio terror a los animales y azorando un poco más a los conductores.

Por de pronto el azoramiento de los vaqueros sólo se comunicó a las viejas y a los niños, participando de él los sobrinos del muerto, por aquello de que si no lo estaba el tío, podía fallar la herencia. No pararon los tales sobrinos hasta escarbar el hoyo en que fue sepultado el ranchero y cerciorarse de que los gusanos le llevaban comida una buena parte, con lo cual les volvió el calor al cuerpo, y siguieron oyendo hablar del aparecido como quien oye llover y no se moja. A todo esto, los muchachos más guapos y de mejores caballos de las rancherías inmediatas, habían correteado al del rucio, queriendo inútilmente alcanzarle, y desesperándose al ver su destreza y la diabólica agilidad de su animal. Los ganados eran ya diariamente dispersados por la aparición y los gritos del “amo”; las reses se desbarrancaban, y los vaqueros ajustaban sus cuentas y se despedían.

65

No podía esto durar así, y el mayordomo o administrador de Rancho Nuevo, mallorquino que frisaba en los cuarenta, hombre de alma atravesada y tan buen jinete como el difunto, ofreció traer a éste de la coleta o quitarse el nombre, si para su expedición le daban el famoso caballo “Enaguas blancas”, casi de tanta ley como el rucio. En pláticas sobre tal tema hallábanse sobrinos y mayordomo, cuando un amigo de los primeros, propietario de otro rancho cerca de Actopam, y joven de reconocido y temerario valor, vino a terciar en el asunto, pidiendo como un favor que se le dejara a él mismo obrar libremente. Sabía que el muerto iba algunas noches a mecerse suspenso del portalillo o tinglado de una casita, a un cuarto de legua de

Actopam; de consiguiente, para cogerle no había necesidad de fatigar a un cuadrúpedo de la categoría de “Enaguas blancas”, y él se comprometía a echar garra al “amo” en el expresado portalillo, exigiendo únicamente que no le espantaran la presa. Los sobrinos, no sin disgusto del mallorquino, convinieron en que la aventura fuese llevada a cabo por don Encarnación, que así se llamaba el joven rancharo.

66 Cuando éste llegó a la consabida casita, forrado el estómago con una gran copa de refino, y recién amolado el machete, pardeaba ya la tarde de un hermoso día de junio, y la luna aparecía en oriente prometiendo noche clara y serena. Los habitantes de la casita la abandonaban con todo y trastos desde que anochecía, para no ver ni oír al huésped, quien, por lo demás, prudente y medido como rara vez lo son los huéspedes, nunca pasaba del corredor, permaneciendo en él poco tiempo. De una viga madre que allí había atravesada, colgábase el “amo”, dándose dos o tres columpiadas a cuyo impulso se estremecía la casa; y en seguida montaba a caballo y se iba con la música a otra parte. El tinglado y la casita toda eran de otates.¹

Don Encarnación tuvo a mengua admitir compañía, diciendo, y, lo que es más, creyendo que él se bastaba para tan poco. Llegado a la casucha, ató su caballo en el exterior, a

¹ “Otate” (del azt. “otlatl”, caña maciza): planta gramínea de corpulencia arbórea, cuyos recios tallos nudosos sirven para bastones, y aun para setos en las habitaciones rústicas, enteros o en rajas. Abunda en toda la tierra caliente (Santamaría, *s. v.*).

espaldas de ella; reconoció el filo del machete rebanándose la callosidad de una de sus manos; cantó, silbó, tosió, escuchó; contempló la luna que brillaba en árboles y arroyos, y acabó por aburrirse cuando aún no era la medianoche. Midió con la vista el corredor en que acostumbraba pasearse el hombre de marras; formose en una de las extremidades, con cuilotes² secos, una especie de cama en que se acostó, sirviéndole de almohada el sombrero, y dejando a un lado el machete, sin vaina, para que estuviese más listo; y aún se hallaba a punto de dormirse, cuando una brisa fría, la altura de ciertas estrellas y el canto del gallo, le hicieron calcular que serían las dos de la mañana, hora en que acostumbraba llegar el del rucio a la casita.

Oyó a poco, efectivamente, el galope del caballo y un grito que, sin duda por lo ronco y destemplado, le heló la sangre en las venas, matándole casi todo el ánimo que sin esfuerzo había atesorado. Ojos se volvió, sin embargo, para ver desmontar al “amo”, quien atando al rucio del cabestro —no sin que la bestia de don Encarnación rompiera el suyo y echara a huir por el campo—, penetró bajo el tinglado en el corredor, dándose en él dos o tres paseadas, sin que pareciese notar la presencia del joven.

—Luego que se vaya a mecer —dijo éste para sí— le meto el machete.

² Cuilote: vara seca, más o menos gruesa, que sirve para formar paredes de chozas, que luego se embarran, hacer setos, y también zarzos que en climas calientes sirven de cama (Santamaría, *s. v.*).

Como si hubiese querido el hidalgo facilitarle la ejecución de su idea, colgóse de la viga del tinglado y se dio un par de mecidas, haciendo crujir todo el techo cual si reinara un terremoto. Un rayo de luna le daba en la coleta, más liada y tiesa que nunca. El joven empuñó el machete y se quiso levantar de la cama; pero no pudo.

—Cuando torne a pasearse y llegue cerca de mí —pensó
68 en su interior—, le envaso.

El hidalgo soltó la viga y volvió a pasearse. Sonaban sus enormes espuelas de rodaja en el piso de tierra y piedra del corredor. Al acercarse al joven, sentóse éste en la cama; pero diole en las narices un tufo como de sepulcro acabado de abrir, y que le causó cierto mareo y descoyuntamiento inexplicables. Avergonzado de sí mismo, se propuso formalmente acometer al hidalgo a la segunda vuelta; pero a la luz de la luna vio que sus mejillas estaban muy hundidas, y hasta habría podido jurar que tenían tierra. Entretenido con estas observaciones, ni se levantó ni hizo uso de sus manos, omisión gravísima y trascendental, pues desde la siguiente vuelta, el hidalgo clavó en él una mirada verdaderamente satánica, que le hizo sudar frío y cernerse en la cama de cuilotes, como si le fuera a entrar calentura. Tornó a verle el hidalgo cuantas veces se le aproximó en sus paseos, y, cansado el joven de batallar con su propio miedo, entregóse a éste sin reserva, no pudiendo hacer la señal de la cruz por tener engarabatados los dedos, ni rezar en voz alta la letanía por habérsele secado las fauces.

Esto duró así hasta las primeras luces del alba, pues al verlas, el hidalgo dióse una nueva medida que hizo crujir nuevamente la casa y juntar casi el techo con el piso; lanzó un segundo grito, montó, galopó y desapareció. Hasta entonces volvieron a cantar los gallos.

A eso del mediodía, el joven, enfermo de fiebre, fue llevado de la casita a su rancho, en un tapextle,³ y el campo quedó libre al mallorquino, quien se lamía los labios al figurarse que ya asía de la coleta al hidalgo. “Enaguas blancas” fue cuidadosamente bañado, cepillado y herrado de nuevo, acostumbándosele, además, a bultos, sombras, gritos destemplados y cuanto pudiera espantarle.

69

El día designado para la nueva aventura, desde muy temprano, cuatro rancheros de los más osados, con quienes se había puesto de acuerdo el mayordomo, ocuparon las dos gargantas por donde únicamente se podía salir del valle, de cerca de una legua de extensión, en que acostumbraba aparecer el hidalgo. Tomadas las demás medidas de precaución que eran del caso, a eso de las nueve de la mañana despa-chose una punta de ganado con sus respectivos vaqueros, yendo a la cola el mallorquino montado en el famoso “Enaguas blancas”, desnudo y pendiente de la muñeca por medio de una fuerte correa, el corvo, afilado y reluciente sable, y

³ Santamaría señala que esta palabra es una variante de “tapesco” (del azt. “tlapechtli”): zarzo o emparrillado tosco de maderos como varas, cañas, carrizos u otates, paralelos y unidos, que sirve como lecho en las casas rústicas [...] como trastero o repisa, en las cocinas, o colgado de las vigas o el tapanco, y aun como fondo de carros, parihuelas, etcétera.

terciada en el diestro brazo una escopeta vizcaína cargada con bala de catorce adarmes, amén de las postas.

Poco habían andado del valle, cuando de entre los con-sabidos xícaros, con el acostumbrado ardimiento salió el hombre del caballo rucio echando éste sobre el ganado, que a su ademán y a sus gritos instantáneamente dispersose en todas direcciones, siguiendo su ejemplo los vaqueros con más miedo que vergüenza.

Ver al hidalgo a unas cuantas varas, espolear a “Enaguas blancas” el mallorquino, y echársele encima, fue todo uno, asestándole a la cabeza un tajo tal, que, a alcanzársela el sable, se la hendiera como si fuese de mantequilla. Pero barriose el hidalgo con todo y rucio, y a guisa de quien trata de evitar pendencia, cruzó como exhalación por el llano, sin volver siquiera el rostro a su contrario. Cuando apenas habría avanzado quince varas, éste paró el caballo, púsose al carrillo la escopeta e hizo fuego. Tenía ojo y pulso muy certeros el mallorquino, y fama de partir las balas en el filo de un cuchillo; seguro quedó, además, de haber embutido al hidalgo la bala con su acompañamiento de postas entre los dos hombros, pues hasta le vio humear la chaqueta; no obstante lo cual, ni vaciló el perseguido ni interrumpió un punto su carrera.

Prosiguió la suya el mayordomo, poniéndose casi a la línea de aquél y tratando de asir de las riendas al rucio; pero hubo de ver tan fea cara al hidalgo, que desaprovechó la ocasión sin quererlo.

Llegados a una de las gargantas del valle, los dos rancheros en ella apostados a caballo trataron de cerrar el paso al del rucio; pero a sus gritos se espantaron las cabalgaduras de aquéllos, y, tascando el freno, se los llevaron a gran distancia de allí.

Solamente “Enaguas blancas” y su jinete parecían curados del mal de espanto. Sin cejar un punto en la carrera, seguían incansables al hidalgo, quien les sacaba solamente uno o dos cuerpos de ventaja. Oía el mallorquino la fatigosa respiración del rucio, y por otra parte aquella escena debía tener próximo desenlace. El llano terminaba al frente en la falda de una montaña basada en sendas masas de pedernal, y espesísimos bosques se extendían a derecha e izquierda. Rasgó el mallorquino de una espoleada los ijares a “Enaguas blancas”, y, dando éste una salida más fuerte, asió aquél de la coleta al del rucio, lanzando una interjección hija de varios padres, pues debieron engendrarla a un tiempo mismo el júbilo, el miedo, la sorpresa y aun el terror.

Cualquiera de ustedes daría por cogido al hidalgo, sin figurarse que la presa del mallorquino se redujo a la coleta, que se le quedó en la mano, desapareciéndose hidalgo y rucio entre los peñascos de la falda de la montaña, como si fueran sombras, o como si se los hubiera tragado la tierra.

Con un palmo de narices, y dando al diablo la fiesta, quedó el hijo de las Baleares, en la actitud y circunstancias de aquel personaje de una comedia antigua, que exclama ante su soberano:

He aquí, señor, el turbante
del moro que cautivé,

y que, al preguntarle el rey por el moro, agrega:

...¡El moro se fue!

72 Y como llegaron en esto los rancheros, ya repuestos del susto, y el mallorquino, refiriéndoles lo acaecido, tratara de enseñarles la coleta, sintió que le quemaba los dedos, y la arrojó al suelo. ¿Ven ustedes cómo se consume el tiro de este cigarro habano? Pues así y apestando a azufre, se carbonizó la consabida coleta, sin perder su forma, y sin que en el lugar en que ardió volviera a nacer yerba.

Los rancheros se santiguaron admirados, y la comarca toda quedó más amedrentada que nunca; lo cual no impidió, sin embargo —vean ustedes lo que es el carácter nacional— que algún tiempo después nadie conociera al mallorquino sino por el apodo de “El hombre del turbante”.

José María Roa Bárcena, “El hombre del caballo rucio”, *Noche al raso*, en *Novelas (originales y traducidas)*, México, Imprenta de F. Díaz de León y Santiago White [edición del periódico *La Unión*], 1870, pp. 47-60. [En la página falsa que contiene el título de *Noche al raso*, se aclara que esta obra fue escrita en 1865.]

LANCHITAS

73

EL TÍTULO PUESTO A LA PRESENTE NARRACIÓN NO ES EL DIMINUTIVO DE *LANCHAS*, COMO A PRIMERA VISTA HA PODIDO figurarse el lector, sino —por más que, de pronto, se le resista creerlo— el diminutivo del apellido “Lanzas” que a principios de este siglo llevaba en México un sacerdote muy conocido en casi todos los círculos de nuestra sociedad. Nombrábasele con tal derivado, no sabemos si simplemente en señal de cariño y confianza, o si también en parte por lo pequeño de su estatura; mas sea que militaran entrambas causas juntas o aislada alguna de ellas, casi es seguro que las dominaba la sencillez pueril del personaje a quien por su carácter se aplicaba generalmente la frase vulgar de “no ha perdido la gracia del bautismo”. Y como, por algún defecto de la organización de su lengua, daba a la *t* y a la *c* en ciertos casos el sonido de la *ch*, convinieron sus amigos y conocidos en llamarle “Lanchitas” a ciencia y paciencia suya: exponiéndose los que de allí a poco quisieran designarle con su verdadero nombre a malgastar tiempo y saliva.

¿Quién no ha oído alguno de tantos cuentos, más o menos salados, en que Lanchitas funge de protagonista

y que la tradición oral va transmitiendo a la nueva generación? Algunos me hicieron reír más de veinte años ha, cuando acaso aún vivía el personaje; sin que las preocupaciones y agitaciones de mi malhadada carrera de periodista me dejaran tiempo ni humor de procurar su conocimiento. Hoy que, por dicha, no tengo que ilustrar o rectificar o lisonjear la opinión pública, y que por desdicha voy envejeciendo a grandes pasos, qué de veces al seguir en el humo de mi cigarro en el silencio de mi alcoba, el curso de las ideas y de los sucesos que me visitaron en la juventud, se me ha presentado en la especie de linterna mágica de la imaginación, Lanchitas, tal como me le describieron sus coetáneos, limpio, manso y sencillo de corazón, envuelto en sus hábitos clericales, avanzando por esas calles de Dios con la cabeza siempre descubierta y los ojos en el suelo; no dejando asomar en sus pláticas y exhortaciones la erudición de Fénelon ni la elocuencia de Bossuet;¹ pero pronto a todas horas del día y de la noche a socorrer una necesidad,

¹ Jacques Bénigne Bossuet (1627-1704), notable clérigo y predicador francés, célebre por sus sermones. Fue defensor y difusor de la teoría del origen divino del poder, mediante la cual se justificó el absolutismo del rey Luis XIV. Además de sus obras históricas, se conservan de manera fragmentaria algunos de sus *Sermones* y sus *Oraciones fúnebres*.

François de Salignac de la Mothe (1651-1715), más comúnmente conocido como François Fénelon, fue un teólogo del catolicismo y escritor francés, autor, entre otras obras, de la *Explicación de las máximas de los santos* (1697), favorable a la doctrina del quietismo, por lo que fue condenada por el Vaticano y motivó el retiro de Fénelon del arzobispado de Cambrai.

a prodigar los auxilios de su ministerio a los moribundos y a enjugar las lágrimas de la viuda y del huérfano; y en materia de humildad, sin término de comparación, pues no le hay, ciertamente, para la humildad de Lanchitas.

Y, sin embargo, me dicen que no siempre fue así; que si no recibió del cielo un talento de primer orden ni una voluntad firme y altiva, era hombre medianamente resuelto y despejado y por demás estudioso e investigador. En una época en que la fe y el culto católico no se hallaban a discusión en estas comarcas, y en que el ejercicio del sacerdocio era relativamente fácil y tranquilo, bastaban la pureza de costumbres, la observancia de la disciplina eclesiástica, el ordinario conocimiento de las ciencias sagradas y morales y un juicio recto, para captarse el aprecio del clero y el respeto y la estimación de la sociedad. Pero Lanzas, ávido de saber, no se había dado por satisfecho con la instrucción seminarista, y en los ratos que el desempeño de sus obligaciones de capellán le dejaba libres, profundizaba las investigaciones teológicas y, con autorización de sus preladados, seguía curiosamente las controversias entabladas en Europa entre adversarios y defensores del catolicismo; no siéndole extrañas ni las burlas de Voltaire, ni las aberraciones de Rousseau, ni las abstracciones de Spinoza,² ni

75

² Además de exhibir la erudición del sacerdote Lanzas, esta enumeración de esenciales pensadores de la Ilustración como Voltaire o Rousseau, o de un gran filósofo como Spinoza, sirve para caracterizar un rasgo del personaje: su interés por quienes, según la Iglesia, atacaron al catolicismo.

las refutaciones victoriosas que provocaron en su tiempo. Quizá hasta se haya dedicado al estudio de las ciencias naturales después de ejercitarse en el de las lenguas antiguas y modernas, todo en el límite que la escasez de maestros y de libros permitía aquí a principios del siglo. Y este hombre, superior en conocimientos a la mayor parte de los clérigos de su tiempo, consultado a veces por obispos y oidores y considerado, acaso, como un pozo de ciencia por el vulgo, cierra o quema repentinamente sus libros; responde a las consultas con la risa de la infancia o del

François-Marie Arouet, mejor conocido como Voltaire (1694-1778). Escritor y filósofo francés fundamental para la Ilustración, periodo en que se encumbró el poder de la razón humana y de la ciencia. Expresó sus ideas liberales, racionalistas y anticlericales en obras como su extenso *Ensayo sobre la historia general y sobre las costumbres y el espíritu de las naciones* (1756) y su *Diccionario filosófico* (1764). En el terreno religioso manifestó su rechazo al cristianismo institucional. Algunos historiadores lo definen como un precursor de la Revolución Francesa (1789); otros, en cambio, destacan que sus posturas políticas concretas estuvieron más bien en el bando de los conservadores.

Jean-Jacques Rousseau (1712-1778). Pensador de origen suizo que escribió en francés. Colaboró en la redacción de la Enciclopedia. Su postura, que privilegiaba la libertad, se expresó primero en su *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (1754), donde abogaba por la espontaneidad natural, en contra de la estructura de las instituciones sociales. *El contrato social* (1762), libro que fue significativo para el desarrollo de las ideas políticas democráticas, contiene una de sus más famosas frases: “El hombre nace libre, pero en todos lados está encadenado”. También fue importante su tratado pedagógico *Emilio o de la educación* (1762). En su madurez criticó el optimismo progresista de los ilustrados y los enciclopedistas. La decisiva influencia de Rousseau se percibe no sólo en los liberales, sino también en los románticos, e incluso en los conservadores.

idiotismo; no vuelve a cubrirse la cabeza ni a levantar del suelo sus ojos, y se convierte en personaje de broma para los chicos y los desocupados. Por rara y peregrina que haya sido la transformación, fue real y efectiva, y he aquí cómo del respetable Lanzas resultó Lanchitas, el pobre clérigo que se me aparece entre las nubes de humo de mi cigarro.

No ha muchos meses pedía yo sobre él noticias a persona ilustrada y formal, que le trató con cierta intimidad; y como acababa de figurar en nuestra conversación el tema del espiritismo, hoy en boga, mi interlocutor me tomó del brazo y, sacándome de la reunión de amigos en que estábamos, me refirió una anécdota más rara todavía que la transformación de Lanchitas, y que acaso la explique. Para dejar consignada tal anécdota, trazo estas líneas, sin meterme a calificarla. Al cabo, si es absurda, vivimos bajo el pleno reinado de lo absurdo.

No recuerdo el día, el mes, ni el año del suceso, ni si mi interlocutor los señaló; sólo entiendo que se refería a la

Baruch [Benedictus] Spinoza (1632-1677). Filósofo holandés de origen judío. Desarrolló un sistema original dentro del pensamiento racionalista, por lo que se le considera como uno de los tres grandes racionalistas de la filosofía del siglo xvii, al lado del francés René Descartes y del alemán Gottfried Leibniz. Su filosofía transmite un mensaje liberador frente a todas las servidumbres y portador del placer que proporciona el conocimiento. En vida sólo publicó, en latín, *Renati Des Cartes Principiorum Philosophiae* (1663) y *Tractatus theologico-politicus* (1670). En forma póstuma apareció la más importante de sus obras: *Etica ordine geometrico demonstrata* (1677), concebida con una estructura de pensamiento matemático, con definiciones, axiomas y demostraciones.

época de 1820 a 30, y en lo que no me cabe duda es en que se trataba del principio de una noche oscura, fría y lluviosa como suelen serlo las de invierno. El padre Lanzas tenía ajustada una partida de malilla o tresillo con algunos amigos suyos por el rumbo de Santa Catarina Mártir, y, terminados sus quehaceres del día, iba del centro de la ciudad a reunírseles esa noche, cuando a corta distancia de la casa en que tenía lugar la modesta tertulia, alcanzole una mujer del pueblo, ya entrada en años y miserablemente vestida, quien, besándole la mano, le dijo:

—¡Padrecito! ¡Una confesión! Por amor de Dios véngase conmigo su merced, pues el caso no admite espera.

Trató de informarse el padre de si se había o no acudido previamente a la parroquia respectiva en solicitud de los auxilios espirituales que se le pedían; pero la mujer con frase breve y enérgica le contestó que el interesado pretendía que él precisamente le confesara, y que si se malograba el momento, pesaría sobre la conciencia del sacerdote; a lo cual éste no dio más respuesta que echar a andar detrás de la vieja.

Recorrieron en toda su longitud una calle de poniente a oriente, mal alumbrada y fangosa, yendo a salir cerca del Apartado, y de allí tomaron hacia el norte hasta torcer a mano derecha y detenerse en una miserable accesoria del callejón del Padre Lecuona. La puerta del cuartucho estaba nada más entornada, y empujándola simplemente la mujer, penetró en la habitación llevando al padre Lanzas de una

de las extremidades del manteo. En el rincón más amplio y sobre una estera sucia y medio desbaratada, estaba el paciente cubierto con una frazada; a corta distancia una vela de sebo puesta sobre un jarro boca abajo en el suelo, daba su escasa luz a toda la pieza, enteramente desamueblada y con las paredes llenas de telarañas. Por terrible que sea el cuadro más acabado de la indigencia, no daría idea del desmantelamiento, desaseo y lobrete de tal habitación, en que la voz humana parecía apagarse antes de sonar, y cuyo piso de tierra exhalaba el hedor especial de los sitios que carecen de la menor ventilación.

Cuando el padre, tomando la vela, se acercó al paciente y levantó con suavidad la frazada que le ocultaba por completo, descubriose una cabeza huesosa y enjuta, amarrada con un pañuelo amarillento y a trechos rotos. Los ojos del hombre estaban cerrados y notablemente hundidos, y la piel de su rostro y de sus manos, cruzadas sobre el pecho, aparentaba la sequedad y rigidez de la de las momias.

—¡Pero este hombre está muerto! —exclamó el Padre Lanzas dirigiéndose a la vieja.

—Se va a confesar, padrecito —respondió la mujer, quitándole la vela, que fue a poner en el rincón más distante de la pieza, quedando casi a oscuras el resto de ella; y al mismo tiempo el hombre, como si quisiera demostrar la verdad de las palabras de la mujer, se incorporó en su peate y comenzó a recitar con voz cavernosa, pero suficientemente inteligible, el *Confiteor Deo*.

Tengo que abrir aquí un paréntesis a mi narración, pues el digno sacerdote jamás a alma nacida refirió la extraña y probablemente horrible confesión que aquella noche le hicieron. De algunas alusiones y medias palabras suyas se infiere que al comenzar su relato el penitente se refería a fechas tan remotas, que el padre, creyéndole difuso o divagado y comprendiendo que no había tiempo que perder, le excitó a concretarse a lo que importaba; que a poco entendió que aquél se daba por muerto de muchos años atrás, en circunstancias violentas que no le habían permitido descargar su conciencia como había acostumbrado pedirlo diariamente a Dios, aun en el olvido casi total de sus deberes y en el seno de los vicios y quizá hasta del crimen; y que por permisión divina lo hacía en aquel momento, viniendo de la eternidad para volver a ella inmediatamente. Acostumbrado Lanzas en el largo ejercicio de su ministerio a los delirios y extravagancias de los febricitantes y de los locos, no hizo mayor aprecio de tales declaraciones, juzgándolas efecto del extravío anormal o inveterado de la razón del enfermo; contentándose con exhortarle al arrepentimiento y explicarle lo grave del trance a que estaba orillado, y con absolverle bajo las condiciones necesarias supuesta la perturbación mental de que le consideraba dominado. Al pronunciar las últimas palabras del rezo, notó que el hombre había vuelto a acostarse; que la vieja no estaba ya en el cuarto, y que la vela, a punto de consumirse por completo, despedía sus últimas luces. Llegando él a la puerta, que permanecía entornada,

quedó la pieza en profunda oscuridad, y aunque al salir atrajo con suavidad la hoja entreabierto, cerrose ésta de firme, como si de adentro la hubieran empujado. El Padre, que contaba con hallar a la mujer de la parte de afuera y con recomendarle el cuidado del moribundo y que volviera a llamarle a él mismo, aun a deshora, si advertía que recobraba aquél la razón, desconcertose al no verla; esperola en vano durante algunos minutos; quiso volver a entrar en la accesoría sin conseguirlo, por haber quedado cerrada como de firme la puerta; y, apretando en la calle la oscuridad y la lluvia, decidiose, al fin, a alejarse, proponiéndose efectuar al siguiente día muy temprano nueva visita.

81

Sus compañeros de malilla o tresillo le recibieron amistosa y cordialmente, aunque no sin reprocharle su tardanza. La hora de la cita había, en efecto, pasado ya con mucho, y Lanzas, sabiéndolo o sospechándolo, había venido aprisa y estaba sudando. Echó mano al bolsillo en busca del pañuelo para limpiarse la frente, y no le halló. No se trataba de un pañuelo cualquiera, sino de la obra acabadísima de alguna de sus hijas espirituales más consideradas de él; finísima batista con las iniciales del padre primorosamente bordadas en blanco, entre laureles y trinitarias de gusto más o menos monjil. Prevalido de su confianza en la casa, llamó al criado, le dio las señas de la accesoría en que seguramente había dejado el pañuelo, y le despachó en su busca, satisfecho de que se le presentara así ocasión de tener nuevas noticias del enfermo, y de aplacar la inquietud en que él mismo había

quedado a su respecto. Y con la fruición que produce en una noche fría y lluviosa llegar de la calle a una pieza abrigada y bien alumbrada y hallarse en amistosa compañía cerca de una mesa espaciosa, a punto de comenzar el juego que por espacio de más de veinte años nos ha entretenido una o dos horas cada noche, repantigose nuestro Lanzas en uno de esos sillones de vaqueta que se hallaban frecuentemente en las celdas de los monjes y que yo prefiero al más pulido asiento de brocatel o terciopelo; y, encendiendo un buen cigarro habano y arrojando bocanadas de humo aromático, al colocar sus cartas en la mano izquierda en forma de abanico, y como si no hiciera más que continuar en voz alta el hilo de sus reflexiones relativas al penitente a quien acababa de oír, dijo a sus compañeros de tresillo:

—¿Han leído ustedes la comedia de don Pedro Calderón de la Barca intitulada *La devoción de la cruz*?

Alguno de los comensales la conocía y recordó al vuelo las principales peripecias del galán noble y valiente al par que corrompido, especie de Tenorio de su época, que, muerto a hierro, obtiene por efecto de su constante devoción a la sagrada insignia del cristiano, el raro privilegio de confesarse días o meses después.³ Recordado lo cual, Lanzas prosiguió diciendo en tono entre grave y festivo:

³ En *La devoción de la cruz* (1636), temprano y menor texto dramático de Calderón de la Barca (1600-1681), el protagonista, un pecador devoto de la cruz y protegido por este símbolo cristiano, muere en pecado e inconfeso, pero su alma recibe el privilegio de volver al cuerpo con el único fin de confesarse.

—No se puede negar que el pensamiento del drama de Calderón es altamente religioso, no obstante que algunas de sus escenas causarían positivo escándalo hasta en los tristes días que alcanzamos. Mas, para que se vea que las obras de imaginación suelen causar daño efectivo aun con lo poco de bueno que contengan, les diré que acabo de confesar a un infeliz que no pasó de artesano en sus buenos tiempos, que apenas sabía leer y que indudablemente había leído o visto *La devoción de la cruz* puesto que en las divagaciones de su razón creía reproducido en sí mismo el milagro del drama...

83

—¿Cómo? ¿Cómo? —exclamaron los comensales de Lanzas, mostrando repentino interés.

—Como ustedes lo oyen, amigos míos. Uno de los mayores obstáculos con que en los tiempos de ilustración que corren se tropieza en el confesonario, es el deplorable efecto de las lecturas, aun de aquellas que a primera vista no es posible calificar de nocivas. No pocas veces me he encontrado bajo la piel de beatas compungidas y feas, con animosas Casandras⁴ y

⁴ El nombre de Casandra remite al personaje de la mitología clásica que aparece en autores como Homero, Esquilo, Eurípides y Virgilio. En la versión más difundida de este mito, Casandra, hija de Hécuba y Príamo, reyes de Troya, fue sacerdotisa de Apolo, quien le concedió el don de la profecía bajo la promesa de que ella le otorgaría sus favores sexuales. Cuando ella se negó a cumplir su parte del pacto, Apolo la maldijo escupiéndole en la boca: ella seguiría teniendo su don, pero nadie creería jamás en sus pronósticos. Así, cuando Casandra anunció la caída de Troya, nadie confió en sus augurios.

tiernas y remilgadas Atalas;⁵ algunos delincuentes honrados a la manera del de Jovellanos⁶ han recibido de mi mano la absolución, y en el carácter de muchos hombres sesudos he advertido fuertes conatos de imitación de las fechorías del *Periquillo* de Lizardi. Pero ninguno tan preocupado ni porfiado como mi último penitente, loco, loco de remate. ¡Lástima de alma que a vueltas de un verdadero arrepentimiento, se está en sus trece de que hace quién sabe cuántos años dejó el mundo, y que por altos juicios de Dios...! ¡Vamos! ¡Lo del protagonista del drama consabido! Juego...

En estos momentos se presentó el criado de la casa diciendo al Padre que en vano había llamado durante media hora a la puerta de la accesoria, habiéndose acercado, al fin, el sereno, a avisarle caritativamente que la tal pieza y las contiguas llevaban mucho tiempo de estar vacías, lo cual le constaba perfectamente por razón de su oficio y de vivir en la misma calle.

Con extrañeza oyó esto el Padre, y los comensales que, según he dicho, habían ya tomado interés en su aventura, dirigieronle nuevas preguntas mirándose unos a otros. Daba la casualidad de hallarse entre ellos nada menos que el dueño de las accesorias, quien declaró que, efecti-

⁵ Se refiere a la obra *Atala* (1801) del escritor romántico francés François-René, vizconde de Chateaubriand (1768-1848), quien luego de visitar Estados Unidos escribió esta novela, cuya heroína se identifica con la exuberante naturaleza americana.

⁶ Alude a la comedia *El delincuente honrado* (1774), del español Gaspar de Jovellanos (1744-1811).

vamente, así éstas como la casa toda a que pertenecían, llevaban cuatro años de vacías y cerradas a consecuencia de estar pendiente en los tribunales un pleito en que se le disputaba la propiedad de la finca, y no haber querido él, entretanto, hacer las reparaciones indispensables para arrendarla. Indudablemente Lanzas se había equivocado respecto de la localidad por él visitada y cuyas señas, sin embargo, correspondían con toda exactitud a la finca cerrada y en pleito; a menos que, a excusas del propietario, se hubiera cometido el abuso de abrir y ocupar la accesoria defraudándole su renta. Interesados igualmente, aunque por motivos diversos, el dueño de la casa y el Padre en salir de dudas, convinieron esa noche en reunirse a otro día temprano para ir juntos a reconocer la accesoria.

85

Aún no eran las ocho de la mañana siguiente cuando llegaban a su puerta, no sólo bien cerrada, sino mostrando entre las hojas y el marco y en el ojo de la llave telarañas y polvo que daban la seguridad material de no haber sido abierta en algunos años. El propietario llamó sobre esto la atención del Padre, quien retrocedió hasta el principio del callejón, volviendo a recorrer cuidadosamente y guiándose por sus recuerdos de la noche anterior, la distancia que mediaba desde la esquina hasta el cuartucho, a cuya puerta se detuvo nuevamente, asegurando con toda formalidad ser la misma por donde había entrado a confesar al enfermo; a menos que, como éste, no hubiera perdido el juicio. A creerlo así se iba inclinando el propietario al ver la inquietud y hasta

la angustia con que Lanzas examinaba la puerta y la calle, ratificándose en sus afirmaciones y suplicándole hiciera abrir la accesoria a fin de registrarla por dentro.

86 Llevaron allí un manojo de llaves viejas, tomadas de orín, y probando algunas, después de haber sido necesario desembarazar de tierra y telarañas por medio de clavo o estaca el agujero de la cerradura, se abrió, al fin, la puerta, saliendo por ella el aire malsano y apestoso a humedad que Lanzas había aspirado allí la noche anterior. Penetraron en el cuarto nuestro clérigo y el dueño de la finca, y, a pesar de su oscuridad pudieron notar desde luego, que estaba enteramente deshabitado y sin mueble ni rastro alguno de inquilinos. Disponíase el dueño a salir, invitando a Lanzas a seguirle o precederle, cuando éste, renuente a convenirse de que había simplemente soñado lo de la confesión, se dirigió al ángulo del cuarto en que recordaba haber estado el enfermo, y halló en el suelo y cerca del rincón su pañuelo, que la escasísima luz de la pieza no le había dejado ver antes. Recogióle con profunda ansiedad y corrió hacia la puerta para examinarle a toda la claridad del día. Era el suyo, y las marcas bordadas no le dejaban duda alguna. Inundados en sudor su semblante y sus manos, clavó en el propietario de la finca los ojos, que el terror parecía hacer salir de sus órbitas; se guardó el pañuelo en el bolsillo, descubriose la cabeza y salió a la calle con el sombrero en la mano, delante del propietario, quien, después de haber cerrado la puerta y entregado a su dependiente el manojo

de llaves, echó a andar al lado del Padre, preguntándole con cierta impaciencia:

—Pero, ¿cómo se explica usted lo acaecido?

Lanzas le vio con señales de extrañeza, como si no hubiera comprendido la pregunta, y siguió caminando con la cabeza descubierta a sombra y a sol, y no se la volvió a cubrir desde aquel punto. Cuando alguien le interrogaba sobre semejante rareza, contestaba con risa como de idiota, y llevándose la diestra al bolsillo para cerciorarse de que tenía consigo el pañuelo. Con infatigable constancia siguió desempeñando las tareas más modestas del ministerio sacerdotal, dando señalada preferencia a las que más en contacto le ponían con los pobres y los niños, a quienes mucho se asemejaba en sus conversaciones y en sus gustos. ¿Tenía, acaso, presente el pasaje de la Sagrada Escritura relativo a los párvulos? Jamás se le vio volver a dar el menor indicio de enojo o de impaciencia, y si en las calles era casual o intencionalmente atropellado o vejado, continuaba su camino con la vista en el suelo y moviendo sus labios como si orara. Así le suelo contemplar todavía en el silencio de mi alcoba, entre las nubes de humo de mi cigarro; y me pregunto si a los ojos de Dios no era Lanchitas más sabio que Lanzas, y si los que nos reímos con la narración de sus excentricidades y simplezas no estamos, en realidad, más trascordados que el pobre clérigo.

Diré, por vía de apéndice, que, poco después de su muerte, al reconstruir alguna de las casas del callejón del Padre Lecuona, extrajeron de la pared maestra de una pieza

—que ignoro si sería la consabida accesoria— el esqueleto de un hombre que parecía haber sido allí lapidado mucho tiempo antes, y a cuyo esqueleto se dio sepultura con las debidas formalidades.

José María Roa Bárcena, “Lanchitas”, en *La Voz de México. Diario Político, Religioso, Científico y Literario*, 7 y 9 de octubre de 1877 (p. 1 y pp. 1-2, respectivamente).

ÍNDICE

Introducción	VII
--------------------	-----

De la leyenda al relato fantástico

La princesa Papantzin.....	3
La vuelta de una madre.....	27
La restitución	33
La Cuesta del Muerto.....	35
El hombre del caballo rucio	59
Lanchitas.....	73

OTRAS OBRAS
de José María Roa Bárcena
(México, 1827-1908)

Novela

La quinta modelo, 1857

Cuento

Noche al raso, 1865

Poesía

Obras poéticas, 1913

Historia

Recuerdos de la invasión norteamericana, 1883

De la leyenda al relato fantástico, editado por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, se terminó de imprimir en octubre de 2007, en los talleres de Formación Gráfica, S.A. de C.V., Matamoros 112, col. Raúl Romero, 57630, Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México. Para su composición se usó tipo Times de 10/14 puntos. El tiro consta de 1 000 ejemplares impresos en papel cultural de 90 grs. Diseño: Ricardo Noriega y Moira de Chermont. Formación: Marco Antonio Pérez Landaverde. Lectura: Fabián Guerrero. Cuidaron la edición: Patricia Parada y Patricia Zama.